

LA IGLESIA, COMUNIDAD JERÁRQUICA FUNDADA SOBRE LOS DOCE APOSTOLES

comunidad. Los primeros sujetos de esa función ministerial y pastoral son los doce Apóstoles, elegidos por Jesucristo como fundamentos visibles de su Iglesia. Como dice el concilio Vaticano II, "Jesucristo, Pastor eterno, edificó la santa Iglesia enviando a sus Apóstoles lo mismo que él fue enviado por el Padre (cf. Jn 20, 21) y quiso que los sucesores de aquellos, los obispos, fueran los pastores en su Iglesia hasta la consumación de los siglos" (*Lumen gentium*, 18).

Este pasaje de la constitución dogmática sobre la Iglesia —*Lumen gentium*— nos recuerda, ante todo, el puesto original y único que ocupan los Apóstoles en el cuadro institucional de la Iglesia. La historia evangélica nos da a conocer que Jesús llamó discípulos a seguirlo y entre ellos eligió a doce (cf. Lc 6, 13). La narración evangélica nos muestra que para Jesús se trataba de una *elección decisiva*, hecha después de una noche de oración (cf. Lc 6, 12); de una elección hecha *con una libertad soberana*: Marcos nos dice que Jesús, después de haber subido al monte, llamó "a los que él quiso" (Mc 3, 13). Los textos evangélicos refieren los nombres de los que fueron llamados (cf. Mc 3, 16-19 y par.): signo de que la Iglesia primitiva comprendió y reconoció su importancia.

2. Con la creación del grupo de los Doce, Jesús *creaba la Iglesia* como sociedad visible y estructurada al servicio del Evangelio y de la llegada del reino de Dios. El número doce hacía referencia a las doce tribus de Israel, y el uso que Jesús hizo de él revela su intención de crear un nuevo Israel, el nuevo pueblo de Dios, instituido como Iglesia. La intención creadora de Jesús se manifiesta a través del mismo verbo que usa Marcos para describir la institución: "Hizo Doce... Hizo los Doce". El verbo "hacer" recuerda el verbo que usa la narración del Génesis acerca de la creación del mundo y el Déutero-Isaías (43, 1; 44, 2) acerca de la creación del pueblo de Dios, el antiguo Israel.

La voluntad creadora se manifiesta también en los nuevos nombres que da a Simón (Pedro) y a Santiago y a Juan (Hijos del trueno), pero también a todo el grupo o colegio en su conjunto. En efecto, escribe san Lucas que Jesús "eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles" (Lc 6, 13). Los *doce Apóstoles* se convertían, así, en una realidad socio-eclesial característica, distinta y, en muchos aspectos, irrepetible. En su grupo destacaba el apóstol Pedro, sobre el cual Jesús manifestaba de modo más explícito la intención de fundar un nuevo Israel, con aquel nombre que dio a Simón: "piedra", sobre la que Jesús quería edificar su Iglesia (cf. Mt 16, 18).

3. Marcos define la *finalidad* de Jesús al instituir a los Doce: "Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar los demonios" (Mc 3, 14-15).

El primer elemento constitutivo del grupo de los Doce es, por consiguiente, la adhesión absoluta a Cristo: se trata de personas llamadas a "estar con él", es decir, a seguirlo dejándolo todo. El segundo elemento es el carácter misionero, expresado en el modelo de la misma misión de Jesús, que predicaba y expulsaba

1. La Iglesia, comunidad sacerdotal, sacramental y profética, fue instituida por Jesucristo como sociedad estructurada, jerárquica y ministerial, en función del gobierno pastoral para la formación y el crecimiento continuo de la

demonios. La misión de los Doce es una participación en la misión de Cristo por parte de hombres estrechamente vinculados a él como discípulos, amigos, representantes.

4. En la misión de los Apóstoles el evangelista Marcos subraya el "poder de expulsar los demonios". Es un poder sobre la potencia del mal, que en forma positiva significa el poder de dar a los hombres la salvación de Cristo, que arroja fuera al "príncipe de este mundo" (Jn 12, 31).

Lucas confirma el sentido de este poder y la finalidad de la institución de los Doce, refiriendo la palabra de Jesús que confiere a los Apóstoles la autoridad en el reino: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí" (Lc 22, 28-29). También en esta declaración se hallan íntimamente ligadas la perseverancia en la unión con Cristo y la autoridad concedida en el reino.

Se trata de una autoridad pastoral, como muestra el texto acerca de la misión confiada específicamente a Pedro: "Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas" (Jn 21, 15-17). Pedro recibe personalmente la autoridad suprema en la misión de pastor. Esta misión se ejercita como participación en la autoridad del único Pastor y Maestro, Cristo.

La autoridad suprema confiada a Pedro no anula la autoridad conferida a los demás Apóstoles en el reino. La misión pastoral es compartida por los Doce, bajo la autoridad de un sólo pastor universal, mandatario y representante del Buen Pastor, Cristo.

5. Las tareas específicas inherentes a la misión confiada por Jesucristo a los Doce son las siguientes:

a. Misión y poder de *evangelizar a todas las gentes*, como atestiguan claramente los tres Sinópticos (cf. Mt 28, 18-20; Mc 16, 16-18; Lc 24, 45-48). Entre ellos, Mateo pone de relieve la relación establecida por Jesús mismo entre su poder mesiánico y el mandato que confiere a los Apóstoles: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes" (Mt 28, 18-19). Los Apóstoles podrán y deberán llevar a cabo su misión gracias al poder de Cristo que se manifestará en ellos.

b. Misión y poder de *bautizar* (Mt 28, 29), como cumplimiento del mandato de Cristo, con un bautismo en el nombre de la Santísima Trinidad (*ib.*) que, por estar vinculado al misterio pascual de Cristo, en los *Hechos de los Apóstoles* es considerado también como bautismo en el nombre de Jesús (cf. Hch 2, 38; 8, 16).

c. Misión y poder de *celebrar la eucaristía*: "Haced esto en conmemoración mía" (Lc 22, 10; 1 Co 11, 24-25). El encargo de volver a hacer lo que Jesús realizó en la última cena, con la consagración del pan y el vino, implica un poder muy grande; decir en el nombre de Cristo: "Esto es mi cuerpo", "esta es mi sangre", es casi identificarse con Cristo en el acto sacramental.

d. Misión y poder de *perdonar los pecados* (Jn 20, 22-23). Es una participación de los Apóstoles en el poder del Hijo del hombre de perdonar los pecados en la tierra (cf. Mc 2, 10): aquel poder que, en la vida pública de Jesús, había provocado el estupor de la muchedumbre, de la que el evangelista Mateo nos dice que "glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres" (Mt 9, 8).

6. Para llevar a cabo esta misión los Apóstoles recibieron, además del poder, el *don especial del Espíritu Santo* (cf. Jn 20, 21-22), que se manifestó en Pentecostés.

tés, según la promesa de Jesús (cf. *Hch* 1, 8). Con la fuerza de ese don, desde el momento de Pentecostés, comenzaron a cumplir el mandato de la evangelización de todas las gentes. Nos lo dice el concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium*: "Los Apóstoles... predicando en todas partes el Evangelio, recibido por los oyentes bajo la acción del Espíritu Santo, congregan la Iglesia universal que el Señor fundó en los Apóstoles y edificó sobre el bienaventurado Pedro, su cabeza, siendo el propio Cristo Jesús la piedra angular (cf. *Ap* 21, 14; *Mt* 16, 18; *Éf* 2, 20)" (n. 19).

7. La misión de los doce comprendía un papel fundamental reservado a ellos, que no heredarían los demás: ser testigos oculares de la vida, muerte y resurrección de Cristo (cf. *Lc* 24, 48), transmitir su mensaje a la comunidad primitiva, como lazo de unión entre la revelación divina y la Iglesia, y por ello mismo dar comienzo a la Iglesia en nombre y por virtud de Cristo, bajo la acción del Espíritu Santo. Por esta función, los Doce Apóstoles constituyen un grupo de importancia única en la Iglesia, que desde el Símbolo niceno-constantinopolitano es definida *apostólica* (*Credo unam sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*) por este vínculo indisoluble con los Doce. Ese hecho explica por qué también en la liturgia la Iglesia ha insertado y reservado celebraciones especialmente solemnes en honor de los Apóstoles.

8. Con todo Jesús confirió a los Apóstoles una misión de evangelización de todas las gentes, que requiere un tiempo muy largo; más aún, que dura "hasta el fin del mundo" (*Mt* 28, 20). Los Apóstoles entendieron que era voluntad de Cristo que cuidaran de tener sucesores que, como herederos y legados suyos, prosiguiesen su misión. Por ello, establecieron "obispos y diáconos" en las diversas comunidades "y dispusieron que, después de su muerte, otros hombres aprobados recibiesen su sucesión en el ministerio" (*1 Clem.* 44, 2; cf. 42, 1-4).

De este modo, Cristo instituyó una estructura jerárquica y ministerial de la Iglesia, formada por los Apóstoles y sus sucesores; estructura que no deriva de una anterior comunidad ya constituida, sino que fue creada directamente por él. Los Apóstoles fueron, a la vez, las semillas del nuevo Israel y el origen de la sagrada jerarquía, como se lee en la constitución *Ad gentes* del Concilio (n. 5). Dicha estructura pertenece, por consiguiente, a la naturaleza misma de la Iglesia, según el designio divino realizado por Jesús. Según este mismo designio, esa estructura desempeña un papel esencial en todo el desarrollo de la comunidad cristiana, desde el día de Pentecostés hasta el fin de los tiempos, cuando en la Jerusalén celestial todos los elegidos participan plenamente de la "vida nueva" por toda la eternidad.

DURANTE LA MISA CELEBRADA EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO, 1 DE ENERO

ESTE AÑO DEL V CENTENARIO NOS INVITA A DAR UN NUEVO IMPULSO A LA EVANGELIZACIÓN

1. "El Señor te bendiga y te proteja" (*Nm* 6, 24).

"El Señor te bendiga y te proteja: ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz" (*Nm* 6, 24-26).

Esta es la bendición que Moisés recibió para su pueblo, Israel.

Hoy, día primero del año, la Iglesia, al celebrar la Jornada mundial de la paz, instituida por mi predecesor Pablo VI hace ahora veinticinco años, *renueva esta bendición* con las palabras de la liturgia. Invoca la bendición de Dios sobre toda la familia humana, diseminada por toda la tierra; en cada pueblo y nación. E invita a implorar la ayuda divina a cuantos aspiran a condiciones de justicia y de paz, y trabajan con renovado esfuerzo para construir una sociedad mundial a la medida del hombre.

"*Creyentes unidos en la construcción de la paz*" es el tema del Mensaje de este año que pone de relieve, entre otros aspectos, la fuerza de la oración y "la necesidad de una oración intensa y humilde, confiada y perseverante, si se quiere que el mundo se convierta finalmente en una morada de paz, pues la oración es la fuerza por excelencia para implorarla y obtenerla" (*Mensaje para la XXV Jornada mundial de la paz*. 4).

"El Señor se fije en ti y te conceda la paz". Hoy, en la octava de Navidad, la Iglesia pronuncia estas palabras en el nombre de Jesucristo, precisamente en el día en el que el Hijo de Dios, apenas nacido, recibe el nombre de Jesús, el Salvador. En él, la antigua Alianza se cumple en la Alianza nueva, y la bendición abraza a toda la humanidad.

Jesucristo es Redentor del hombre, *Redemptor hominis*.

2. *El es el Verbo eterno*, el Hijo consustancial al Padre. Es el Verbo de Dios, en el que el Padre ha dicho a la humanidad, a toda criatura, la palabra última y definitiva de la salvación; salvación a la que todo hombre está llamado.

"Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo" (*Hb* 1, 1-2).

En el Hijo, la plenitud divina del tiempo se ha acercado a las dimensiones humanas del tiempo y de la historia. El Verbo no ha sido solamente "pronunciado"; ha nacido: nacido de mujer.

Con su nacimiento, ha sido "enviado": inmerso en la historia de los hombres, "para que recibiéramos la filiación adoptiva" (*Ga* 4, 5) en él, el Hijo unigénito. "La filiación adoptiva", el inefable don del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

he aquí el núcleo sustancial de la salvación. En ella late la vida nueva, que es plenitud de vida. Hombre salvado quiere decir *hombre* que participa en la vida del mismo Dios. De este modo, adquiere sentido definitivo lo que el hombre es desde el momento de la creación; creado "a imagen y semejanza" de Dios mismo (cf. Gn 1, 27). Fuera de tal verdad sobre su ser, el hombre no puede alcanzar por sí mismo la plenitud.

Por tanto, el mensaje del Hijo está lleno de un contenido esencial que concierne a nuestra existencia. El Espíritu Santo, que es el Espíritu del Padre y del Hijo, realiza en cada uno de nosotros la filiación adoptiva. Esta se expresa con el nombre "¡Abbá, Padre!" (Ga 4, 6), que todos pronuncian con el Hijo unigénito: *nombre que da testimonio de nuestra salvación*.

3. Iniciando un nuevo año, la comunidad cristiana no puede olvidar esta herencia universal, destinada a todos los hombres y a todos los pueblos sin distinción de raza, lengua o cultura.

No lo puede olvidar, y por esto, precisamente hoy, se dirige a aquella que es "prototipo" de la Iglesia. A aquella que, en virtud de una particular elección y "por obra" del Espíritu Santo, es la Madre: Madre de Dios (Theotokos).

Ella es la plenitud de la "memoria" de la Iglesia. "María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón" (Lc 2, 19). Una singular profundidad de la memoria de todo lo que es humano está vinculada al acontecimiento de la maternidad. Y nosotros evocamos de nuevo hoy esta realidad mientras festejamos la maternidad de María.

La maternidad: en Belén y después en el Gólgota, hasta el cumplimiento del sacrificio del Hijo en la cruz. Sacrificio que constituye el precio de la herencia divina de todos los hombres, el precio de nuestra filiación adoptiva.

4. Desde hace quinientos años el misterio de Cristo, Salvador del hombre, está presente entre los pueblos del continente americano, totalmente desconocido para el viejo mundo hasta el año 1492.

El descubrimiento de América coincide con el inicio de la evangelización de aquellas tierras nuevas. Desde entonces, el misterio de la salvación, revelado para toda la humanidad en el Verbo hecho carne, comenzó a ser anunciado a nuevos pueblos, con los cuales, hasta entonces, Europa no había tenido ningún contacto. Sin embargo, aquellos pueblos eran conocidos por Dios desde toda la eternidad, y abrazados siempre con la paternidad que el Hijo ha revelado "en la plenitud de los tiempos" (cf. Ga 4, 4).

La Iglesia desea dar particular relieve a este V Centenario e invita a todos a dar nuevo impulso a la obra de la evangelización a lo largo de todo el año 1992.

Al igual que en otras partes del mundo, el Evangelio ha acompañado durante su andadura a los pueblos latinoamericanos, entre los cuales el mensaje de la salvación ha resonado mediante el testimonio de infatigables misioneros y apóstoles. Damos gracias al Señor por la asistencia constante y sobrenatural con la que ha guiado el camino de aquellos pueblos cristianos a lo largo de los pasados quinientos años. Al mismo tiempo, reafirmamos nuestra voluntad y el compromiso de continuar el irrenunciable ministerio de la evangelización. Como lo ha subrayado el reciente Sínodo de los obispos para Europa, hoy se hace particularmente necesaria una nueva evangelización que vuelva a proponer con fidelidad el núcleo fundamental del cristianismo: "Dios te ama, Cristo ha venido por ti" (Christifideles laici, 34).

He aquí la tarea de todos los integrantes del pueblo de Dios; tarea apostólica que presupone y exige fidelidad a Cristo, disponibilidad generosa y capacidad para intuir los "signos de los tiempos", así como comunión de sentimientos, diálogo y atención constante a las necesidades del hombre. Pero, sobre todo, exige saber escuchar y ser dóciles al Espíritu que habita en los creyentes, distribuyendo sus dones según su voluntad (cf. Hb 2, 4).

Por esto, al comenzar el nuevo año, invocamos al Espíritu divino para que nos guíe por las sendas de la fidelidad y de la comunión. Y lo invocamos por la intercesión de la Virgen María, Madre del Verbo encarnado y "sagrario del Espíritu Santo" (Lumen gentium, 53).

5. Hoy la Iglesia mira a María con firme esperanza, contemplando en ella la profundidad de su vivencia de las "maravillas de Dios" (cf. Hch 2, 11). María meditaba y sigue meditando sobre las "maravillas de Dios" con corazón de madre, un corazón que es sensible a todo dolor y sufrimiento, a toda injusticia que el hombre puede hacer al hombre.

En la "memoria" materna de la Madre de Dios, el sufrimiento humano se hace presente en el misterio de la cruz de su propio Hijo.

En la fuerza de la cruz, el hombre de todo tiempo y lugar puede recibir en esta tierra la filiación adoptiva y exclamar: "¡Abbá, Padre!".

Sí, alegrémonos, porque tantos hermanos y hermanas nuestros del continente latinoamericano, por obra del Hijo y bajo la inspiración del Espíritu Santo, pueden exclamar a Dios: "¡Abbá, Padre!".

¡Oh año singular, año aniversario de grandes cambios en la historia de la humanidad, año de los nuevos caminos del Evangelio de nuestra salvación: que la Madre de Dios te acompañe con su materna protección; que el Señor te bendiga y te proteja; que te dé su gracia! ¡Que te muestre su rostro y que te conceda la paz! Amén.

EN LA SOLEMNIDAD DEL
"CORPUS DOMINI",
JUEVES 18 DE JUNIO

LA EUCARISTIA, PAN DEL ALMA

1. "Yo soy el pan vivo" (Jn 6, 51).

Los Apóstoles dicen a Jesús en el desierto: "Despide a la gente" (Lc 9, 12). Esa gente seguía al Maestro, escuchando sus palabras sobre el reino de Dios; pero ya se acercaba la noche

y la hora de la cena. La muchedumbre seguía allí en silencio, esperando.

En otra ocasión, en el desierto, cuando les faltó el pan, los hijos de Israel se rebelaron contra Moisés. En

tonces recibieron el alimento que caía todas las mañanas sobre el campamento, y lo llamaron "maná". Así el pueblo, procedente de la tierra de Egipto, pudo seguir su camino desde el país de la esclavitud hacia la tierra prometida.

Ahora, Jesús dice a los Apóstoles: "Dadles vosotros de comer" (Lc 9, 13) y, puesto que ellos no logran encontrar ninguna solución, *Cristo multiplica los panes*: bendice lo poco que tienen, lo parte y lo da a los discípulos; y éstos, a su vez al pueblo. "Comieron todos hasta saciarse".

2. La multiplicación de los panes en el desierto es un anuncio, como lo fue el maná: la multitud sigue a Jesús, cuando experimenta su poder sobre el alimento y sobre el hambre humana. Están dispuestos, incluso, a proclamarlo rey. ¿Acaso el salmo de David no habla del dominio del Mesías y del día de su triunfo? "Para ti el principado —dice— el día de tu nacimiento" (Sal 110, 3).

Al mismo tiempo, ese salmo llama sacerdote al Mesías real: es sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec (cf. *Is.*, v. 4).

Melquisedec fue rey y, al mismo tiempo, sacerdote del Dios altísimo. A diferencia de los sacerdotes de la antigua alianza, no ofreció a Dios la sangre de animales inmolados, sino pan y vino.

3. La multiplicación de los panes en el desierto es, por esa misma razón, un mensaje profético: *Cristo* sabe que él mismo realizará un día la profecía encerrada en el sacrificio de Melquisedec. Como sacerdote de la nueva alianza —de la alianza eterna—, Jesús entrará en el santuario eterno, después de haber llevado a cabo la obra de la redención del mundo gracias a su propia sangre.

En el cenáculo, una vez más, dará a los Apóstoles prácticamente el mismo mandato: "¡Dadles vosotros de comer!", "¡Haced esto en conmemoración mía!".

Existen diversas categorías de hambre que atormentan a la gran familia humana. Hubo un hambre que transformó en cementerios ciudades y países enteros. Hubo el hambre de los campos de exterminio, productos de los sistemas totalitarios. En diferentes partes del globo existe aún hoy el hambre del tercero y del "cuarto" mundo: allí mueren de hambre los hombres, las madres y los niños, los adultos y los ancianos. Es terrible el hambre del organismo humano, el hambre que extermina.

Pero existe también el hambre del alma, del espíritu.

El hambre humana no muere en los caminos de la historia presente. La muerte del alma humana tiene otro carácter: asume la dimensión de la eternidad. Es la "segunda muerte" (Ap 20, 14).

Al multiplicar los panes para los hambrientos, Cristo puso el signo profético de la existencia de otro Pan:

"Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre" (Jn 6, 51).

4. Este es el gran misterio de la fe. Pero las mismas personas para las que Cristo multiplicó los panes, las que "comieron hasta saciarse" (Lc 9, 17), no fueron capaces de creer en sus palabras cuando les habló del alimento que es su Carne, y de la bebida que es su Sangre.

Por este motivo, las mismas personas pidieron a continuación su muerte en la cruz. Así sucedió. Y sólo cuando todo se cumplió, se desveló el misterio de la última cena: "Este es mi cuerpo, que se da por vo-

sotros... Esta copa es la nueva alianza en mi sangre" (1 Co 11, 24-25).

Del cenáculo salió el sacerdote "según el orden de Melquisedec", que camina ahora con su pueblo a través de la historia.

5. Este es el contenido que la solemnidad de *Corpus Domini* pretende expresar y que queremos proclamar con esta procesión eucarística por las calles de Roma, desde la basílica del Santísimo Salvador en San Juan de Letrán hasta la basílica mariana del Esquilino.

"Ave verum Corpus natum de Maria Virgine".

Que el camino que recorremos se transforme en una imagen concreta de los otros muchos caminos de la Iglesia en el mundo de hoy. El Obispo de Roma, siervo de todos los siervos de la Eucaristía, sigue con el pensamiento y con el corazón a cuantos hoy dan testimonio de este misterio, de norte a sur y desde la salida del sol hasta el ocaso.

Dondequiera que se encuentre el pueblo de Dios de la nueva alianza, también está él, "el pan vivo bajado del cielo".

Dondequiera.

"Si uno come de este pan, vivirá para siempre".

DURANTE LA MISA
CELEBRADA EN
LA PLAZA DE LA
LIBERTAD DE GORIZIA,

LA FAMILIA ES IRREEMPLAZABLE PARA DAR VIDA A UN PROYECTO DE CRECIMIENTO HUMANO Y ESPIRITUAL DE LA SOCIEDAD

1. "Tenemos a uno que abogó ante el Padre..." (1 Jn 2, 1).

La liturgia de este domingo, la tercera del tiempo pascual, se centra en la catequesis de Pedro. El Apóstol habla al pueblo como testigo de Cristo resucitado: "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús" (Hch 3, 13). Dios ha glorificado a aquel a quien los hombres habían rechazado. "Renegasteis del Santo y del Justo... matasteis al Jefe que lleva a la Vida. Pero Dios le resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello" (Hch 3, 14-15).

¡Nosotros! El "nosotros" indica a los Apóstoles y a cuantos les fue dado acoger la verdad de la resurrección de Cristo. En ese "nosotros" está la Iglesia primitiva.

Las palabras de Pedro suenan aparentemente como una acusación, pero no lo son; son, por el contrario, un testimonio. Acerca de la Resurrección los testigos no pueden callar.

2. Sabemos que ese testimonio comenzó en Jerusalén después del sábado pascual. Las mujeres fueron las primeras en llegar al sepulcro. A partir de ese momento, la

presencia del Resucitado va haciéndose cada vez más manifiesta. Acercándose a sus discípulos, Cristo habla con ellos y ellos oyen su voz; pueden verlo y oírlo. Se les permite tocar las cicatrices de las heridas de la crucifixión. Para convencerlos completamente de la realidad de la resurrección, Jesús come en compañía de ellos, tal como leemos en el texto evangélico de Lucas, que se proclama este domingo.

Al mismo tiempo, el Resucitado instruye a los Apóstoles recordándoles las palabras del Antiguo Testamento: "Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí" (Lc 24, 44).

De este modo, el testimonio apostólico del día de Pentecostés fue preparado con sumo cuidado. La catequesis pascual se transforma en fuente y modelo del anuncio de la Iglesia para todos los tiempos. Cristo resucitado fue el primero en dar a conocer esa catequesis.

3. Volvamos ahora a las palabras de Pedro, que recuerda la verdad de los acontecimientos relacionados con la pasión y la muerte de Cristo y que todavía estaban vivos en la memoria de todos, porque habían pasado pocas semanas. Quizá algunas de las personas que lo escuchaban habían tomado parte en esos acontecimientos del Viernes Santo. Sin embargo, el Apóstol no acusa, sino que dice: "Ya sé yo, hermanos, que obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes" (Hch 3, 17). Aunque la muerte de un inocente es siempre una invitación a hacer penitencia y a convertirse, la verdad plena de los acontecimientos pascuales es mayor que el hombre. "Pero Dios dio cumplimiento de este modo a lo que había anunciado por boca de todos los profetas: que su Cristo padecería" (Hch 3, 18).

Las palabras de Pedro son un eco fiel de cuanto había oído decir a Cristo inmediatamente después de la resurrección. Los acontecimientos pascuales son el misterio de Dios; son luz del Verbo encarnado, que iluminó las tinieblas de la existencia humana en la tierra: "La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron" (Jn 1, 5).

4. Así escribió el apóstol Juan en el prólogo del cuarto evangelio. En su primera carta, que hemos leído durante esta liturgia, se encuentra la confirmación de todas las cosas que habían oído de boca de Pedro quienes asistieron a los acontecimientos de Jerusalén: "Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo" (1 Jn 2, 1).

Las exhortaciones de los Apóstoles —de Pedro y de Juan— son, a su vez, un eco de lo que Cristo en persona dijo desde la cruz: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34). Cristo es el que aboga ante el Padre, es el único verdaderamente justo: "El es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero" (1 Jn 2, 2).

5. Mediante el sacrificio supremo de Cristo, Dios "nos reconcilió consigo y nos confió el ministerio de la reconciliación" (2 Co 5, 18). Desde entonces, en todo aquel que lo acoge libremente, Cristo no deja de obrar con la fuerza consoladora de su Espíritu.

Queridos hermanos y hermanas, abramos nuestros corazones a la fuerza de su amor. Cristo es nuestra paz, el que robustece el compromiso espiritual y fortalece la acción de la Iglesia, sacramento de gracia y de comunión entre los hombres.

A la luz de esta invitación que nos llega de la liturgia que estamos celebrando ahora, ¿caso vuestra diócesis de Gorizia no está llamada a profundizar más su propia misión en este momento histórico particular?

Gorizia, situada en la encrucijada de múltiples pueblos y tradiciones, tiene la vocación singular de ser *signo visible de unidad y de diálogo*. Vuestra ciudad es una ciudad fronteriza, y la frontera puede facilitar la tolerancia, la comprensión y la acogida, pero también puede inducir al aislamiento y el rechazo del prójimo.

Sois conscientes de esa verdad y, por eso, os preocupáis por redescubrir las profundas raíces cristianas de vuestra tierra y queréis hacer de vuestra comunidad diocesana un "sacramento" auténtico de la presencia de Dios en esta región.

La escucha atenta de la palabra divina y la práctica fraterna de la vida eclesial os ayudarán sin duda alguna a superar todos los obstáculos que provocan la separación, la falta de respeto a los demás, la contraposición y la incomunicación del corazón frente a las necesidades de los hermanos.

Sé que vuestro esfuerzo en este campo de acción es muy grande. Queridos hermanos, proseguid sin desmayo a pesar de las dificultades.

6. Con ese anhelo, fortalecido por un particular recuerdo en la oración, me alegra saludaros a todos los que participáis en esta celebración eucarística. Saludo, en primer lugar, a vuestro pastor, el querido mons. Antonio Vitale Bommarco, así como a los prelados aquí presentes. Saludo a los presbíteros, a los religiosos y religiosas, a los representantes de los diferentes movimientos y asociaciones eclesiales. Me dirijo con deferencia, también, a las autoridades políticas, administrativas y militares, que han querido tomar parte en nuestra asamblea litúrgica.

Pienso con profundo afecto en los enfermos y en todos los que no han podido venir, pero que nos siguen a través de la radio y la televisión.

Pienso, sobre todo, en las familias, que representan el lugar privilegiado para educar a los jóvenes en los valores del respeto a la vida y la solidaridad. Vuestra comunidad diocesana ya está realizando un plan pastoral, que hay que seguir aplicando en el futuro, con el objetivo de volver a colocar a la familia en el centro de la vida eclesial y social.

Os dais cuenta, precisamente porque el núcleo familiar está atravesando un momento difícil de malestar y sufrimiento, de que es necesario intensificar y concentrar en él el esfuerzo pastoral de la diócesis. Si la familia respira una atmósfera en la que prevalecen modelos escasamente significativos, estamos obligados a hacer lo posible por promover y alimentar una auténtica mentalidad de fe en la sociedad. Si la familia carece de ideales humanos y cristianos y se ve embestida por las modas dominantes, es preciso capacitarla y prepararla, con todos los medios disponibles, para que responda con la fe a los desafíos de nuestra época.

La familia es irremplazable para dar vida a un proyecto de crecimiento humano y espiritual de la sociedad. Es como la *encrucijada obligada de maduración del hombre y del cristiano*, de la que depende en buena parte nuestro futuro. Es la cuna en que se desarrollan el don de la vida, la primera relación social y la educación fundamental en los valores; es el lugar para el crecimiento armonioso de la afectividad, de la solidaridad, de la sociabilidad, del diálogo con las culturas diversas y de la tolerancia.

De ella depende también el futuro de vuestra comunidad cristiana, razón por la que es muy oportuna la decisión pastoral de insistir en la catequesis y en el valor y la misión de la familia. Es imprescindible volver a encender en el corazón de los cristianos la estima por los valores del amor fiel y fecundo: hay que ayudar a los adultos a fin de que sean sujetos maduros de fe y de misión.

7. Queridos hermanos y hermanas, ciertamente éste es un programa complejo

que requiere una acción común llevada a cabo con paciencia y perseverancia.

Pero Jesús, el resucitado, camina y actúa junto con nosotros. Su mensaje, que la Iglesia proclama con énfasis singular en este tiempo pascual, está lleno de luz: "¡Alza sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor!" (Sal 4, 7). Se trata de una luz que tiene siempre la misma fuerza. Penetra las tinieblas del pecado y del mal, que se han acumulado en la historia de las conciencias humanas, en la historia de las sociedades humanas y en la historia de toda la familia humana.

Es necesario, por tanto, que escuchemos y hagamos nuestra la voz de los salmos del Antiguo Testamento: "Respóndeme, oh Dios, mi justiciero. Cuando clamo, en la angustia tú me abres salida; tenme piedad, escucha mi oración" (Sal 4, 2).

"Respóndeme, oh Dios".

Cristo crucificado y resucitado: ésta es la respuesta de Dios al hombre de todas las épocas. Queridos, abramos nuestros corazones para acoger esta respuesta definitiva. ¡Abramos nuestros corazones a Cristo! Amén.

A LOS MIEMBROS DE CUERPO DIPLOMATICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE, 11 DE ENERO DE 1992

LOGROS Y ESPERANZAS DE LOS PUEBLOS DE LA TIERRA

Excelencias; señoras y señores:

1. Os agradezco de todo corazón las felicitaciones que el señor embajador Joseph Amichia, vuestro decano, acaba de formular en vuestro nombre y en el de todos los gobiernos que representáis.

Vuestra presencia aquí hoy me trae a mi memoria los logros y las esperanzas de los pueblos de la tierra. La Providencia me ha dado la alegría de visitar un gran número de esos pueblos. En este momento repaso mentalmente todos los que he podido visitar; todos los demás están presentes en mi corazón.

Por mi parte, quisiera expresar mis mejores deseos de felicidad personal y familiar, así como de éxito en las importantes tareas que se os han confiado. No olvido a vuestros gobernantes, ni a vuestros compatriotas; que Dios les conceda realizar sus aspiraciones comunes, a fin de que en cada sociedad progrese aún más la justicia, el bienestar espiritual y material y la paz. Estos son mis anhelos, y esta es mi oración.

Me complace, asimismo, dar la bienvenida a los diplomáticos que han tomado posesión de sus cargos durante los meses pasados y ver a la familia de los pueblos cada vez más representada ante la Santa Sede. También me satisface ver que la presen-

cia de tantos representantes constituye un signo de retorno a la democracia en muchos países. La Iglesia católica aprovecha la ocasión para manifestar a cada uno de los países que quieren mantener relaciones diplomáticas con la Sede Apostólica su voluntad concreta de estar junto a las naciones que se comprometen sinceramente en favor del progreso de los pueblos.

El señor embajador Amichia ha presentado con acierto el panorama de los principales acontecimientos de 1991, así como las actividades más destacadas de la Iglesia católica y las de la Santa Sede. En efecto, el año pasado fue rico de acontecimientos previsibles, pero también de hechos inesperados.

La guerra del Golfo

2. Por desgracia, 1991 fue un año durante el cual la guerra centró la atención mundial.

La guerra llamada "del Golfo", que como recordaréis estalló pocos días después de nuestro encuentro del 12 de enero, arrojó, como todas las guerras, su saldo siniestro de muertos, heridos, destrucciones, rencores y problemas sin resolver. Nadie puede olvidar las consecuencias de ese conflicto: aún hoy día las poblaciones de Irak siguen sufriendo cruelmente. La Santa Sede ha recordado, lo sabéis, los imperativos éticos que, en todas las circunstancias, deben prevalecer: el carácter sagrado de la persona humana, no importa de qué parte esté; la fuerza del derecho; la importancia del diálogo y la negociación; y el respeto de los pactos internacionales. ¡He aquí las únicas "armas" que honran al hombre, tal como Dios quiere!

La guerra en Yugoslavia

3. El año 1991 terminó también con el fragor de las armas. Imágenes conmovedoras nos han mostrado a poblaciones civiles literalmente aniquiladas por los combates que ensangrientan a Yugoslavia y, sobre todo, a Croacia. Casas destruidas, poblaciones obligadas al exilio, economías arruinadas, iglesias y hospitales sistemáticamente bombardeados. ¿Quién puede dejar de rebelarse frente a estas acciones que la razón reprueba? Conocéis mis numerosos llamamientos a la pacificación y al diálogo. Os es familiar la posición de la Santa Sede acerca del reconocimiento de los Estados que se han formado recientemente como consecuencia de la coyuntura europea. Baste señalar que los pueblos tienen el derecho de elegir su modo de pensar y de vivir juntos, procurando los medios que les permitan realizar sus aspiraciones legítimas, determinadas libre y democráticamente. Por lo demás, la comunidad de las naciones ha elaborado textos e instrumentos jurídicos que definen cabalmente los derechos y los deberes de cada uno, al tiempo que ponen a disposición las estructuras de cooperación adecuadas para coordinar las relaciones necesarias entre los Estados soberanos, tanto a nivel regional como internacional. De ningún modo es posible construir el futuro de un país o de un continente recurriendo a las bombas.

Irlanda del Norte

4. Hemos de mencionar también otro conflicto al que, según parece, nos hemos acostumbrado. Pienso en Irlanda del Norte. Desde hace años se mantiene viva una violencia que es contraria a los intentos de solución política. ¿Podemos resignarnos a esta plaga que desfigura a Europa? Ninguna causa puede justificar que en su terri-

torio se violen los derechos del hombre, así como el respeto a las diferencias legítimas y la observancia de la ley. Invito a todas las partes a reflexionar ante Dios sobre su propio comportamiento.

Me acuerdo en este momento de las palabras de un santo "europeo" al que canonicé recientemente, el padre Rafael Kalinowski. Durante el siglo pasado, cuando Polonia luchaba por preservar su dignidad y su independencia nacional, osó escribir estas palabras a pesar de que también él había tomado parte en los combates: "La patria tiene necesidad de sudor, no de sangre". Sí, excelencias, señoras y señores, Europa tiene necesidad de mujeres y hombres que se pongan a trabajar juntos a fin de que el odio y el rechazo del otro no logren echar raíces en este continente que ha dado santos, ejemplos de humanidad; en este continente que ha sabido hacer brotar ideas fecundas y ha exportado instituciones que honran al genio humano.

Africa, Sri Lanka

5. Otras guerras terribles y otros focos de conflicto alteran la existencia de muchos pueblos de la tierra. No es posible citarlas todas; pero no quiero dejar de mencionar las rivalidades étnicas que azotan el *cuerno de África*. Aunque los eritreos han conseguido conquistar su autonomía, otras fuerzas centrífugas siguen minando a Etiopía. En la cercana Somalia el Estado se ha desplomado y la fragmentación de la sociedad hace que sea prácticamente imposible todo tipo de asistencia humanitaria. El sistema federal sigue siendo aún hoy una promesa para Sudán, agotado a causa de la guerra que se desencadenó en 1983. Más lejos todavía de nosotros, Sri Lanka se debatía entre ofensivas y represalias que arrojan miles de víctimas.

No sabemos cómo se podrá hallar solución a semejante estado de cosas. Los responsables políticos, en primer lugar, tienen el grave deber de favorecer todo lo que contribuya a poner fin a los combates fratricidas. Han de alimentar el diálogo, impulsar proyectos sociales que reflejen las aspiraciones de los pueblos y aumentar las ayudas humanitarias indispensables. Por suerte, la diplomacia —de modo particular en su dimensión multilateral— permite intercambios y soluciones centradas en un mundo cada vez más interdependiente. Desde esta perspectiva, la Organización de las Naciones Unidas reviste una gran importancia y un gran significado. Terminada la sabia gestión del señor Javier Pérez de Cuéllar, espero que el nuevo secretario general, señor Boutros Ghali, gracias a su gran experiencia internacional, siga haciendo de esa institución irremplazable un lugar privilegiado para la promoción de la paz y la solución negociada de las divergencias.

Lecciones de la historia

6. Ahora que comienza un año nuevo, lleno de interrogantes, cada uno de nosotros está llamado a hacer un balance y a mirar hacia el futuro.

La persistencia de los conflictos y las tensiones que acabo de nombrar produce un sentimiento de tristeza: tristeza de constatar que no siempre logramos sacar provecho de las lecciones de la historia, ya sea pasada o reciente. Pues, en fin de cuentas, depositar la confianza únicamente en la lucha armada con el propósito de hacer valer los propios puntos de vista, alegar situaciones heredadas del pasado para dispensarse de abrir nuevos caminos de comprensión y justicia, destruir sistemáticamente todo lo que constituye la riqueza de las sociedades a las que uno se opone o, incluso, violar ostensiblemente el derecho y los acuerdos humanitarios para dominar

mejor al adversario, representa una regresión. La paz y la reconciliación comienzan siempre por una mirada de benevolencia que respete en el otro —sea que se trate de una persona, o de un pueblo— su dignidad.

La responsabilidad de Europa

7. En este ámbito, Europa tiene una responsabilidad particular a causa de su alto grado de civilización. Está en camino hacia su unidad; posee un patrimonio jurídico y reglas de conducta internacional que deberían permitirle afrontar las incertidumbres del futuro próximo con cierta seguridad.

Las transformaciones que han tenido lugar en Yugoslavia, o en lo que hasta hace unas semanas era la Unión Soviética, exige la activación de nuevos mecanismos de cooperación política. Es probable igualmente que haya necesidad de una mayor solidaridad por parte de todos para socorrer a poblaciones que se empobrecen cada vez más, evitando así que esa evolución se lleve a cabo en un marco de penuria.

La seguridad, la cooperación y la garantía de la dimensión del hombre han de ser los pilares sobre los cuales debe descansar el porvenir de los pueblos. Esto es verdad para las repúblicas bálticas, que han recuperado su independencia; para Albania, que ha retornado al seno de la gran familia europea, y de idéntica manera para la nueva realidad que se está viviendo en la Unión Soviética. La afirmación de las particularidades nacionales plantea y planteará problemas que tienen que solucionarse con sabiduría, de modo tal que todos se sientan seguros de su destino, puedan marchar a su ritmo, vean respetadas sus características específicas y encuentren su lugar en la comunidad de destino que será la Europa del mañana.

Estas son tareas que conciernen a todos los europeos. Los muros se han desplomado, nadie puede apelar a la falta de información acerca de su vecino para justificar su indiferencia: la solidaridad, en el sentido más amplio del término, se ha convertido ahora en una obligación primordial. O los europeos se salvan juntos, ¡o perecen juntos!

El papel de los cristianos

8. En este camino se encuentran los cristianos, los católicos, los ortodoxos y los protestantes, llamados a desempeñar un papel de primer orden y deseosos de ocupar el lugar que les corresponde. Muchos valores propios de la modernidad tienen su matriz en el cristianismo y, hoy como ayer, los discípulos de Jesús, fieles a la enseñanza de su Maestro, han de ser la "sal de la tierra" (Mt 5, 13). Pero es necesario que se les dé la posibilidad de serlo.

De hecho, también en los países en los que la tradición cristiana está afianzada, se comprueba que las Iglesias no siempre encuentran ayuda y comprensión para sus proyectos y realizaciones. Por ejemplo, muchas veces se tolera la escuela católica, en lugar de considerarla como una colaboradora en el proyecto educativo nacional. ¿Quién puede negar el servicio que presta a la sociedad, aunque sólo sea por su contribución a la formación de la conciencia? Con mucha frecuencia, la enseñanza religiosa se encuentra marginada en las escuelas estatales. Si la información es a la vez un derecho, un deber y un bien, sin duda alguna debemos estar satisfechos por la importancia y los logros de los medios de comunicación social. Son un factor a menudo decisivo para la madurez personal y social del hombre. Sin embargo, sucede muchas veces —y se trata de un hecho repudiable— que la información religiosa se

reduce a mero folclore, o la religión y sus expresiones más nobles son objeto de mofa. ¿Quién puede hoy día concebir a Europa sin cristianos? Sería como amputarle una de sus dimensiones fundacionales, empobrecer su memoria y olvidar el papel determinante que desempeñaron los cristianos en los cambios que se produjeron en Europa central y oriental en 1989 y 1990.

Abrijo la esperanza de que, a pesar de las dificultades pasajeras que influyen en el diálogo ecuménico, las grandes familias espirituales enraizadas en este "viejo" continente sepan estar a la altura de la tarea histórica que les espera, a fin de dar a Europa un "suplemento de alma", condición indispensable para su armonía y su esplendor. En este marco, el encuentro de los jóvenes en Czystochowa en octubre del año pasado, así como la reciente Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos, me llenan de esperanza.

Conferencia de paz en Madrid

9. Desde luego, no es posible perder la confianza en el hombre. *Es preciso confiar en su buena voluntad*, en su creatividad. Ante todo, por haber sido "hecho a imagen de Dios" (cf. Gn 1, 26), es capaz de amar. En segundo lugar, porque posee en sí mismo la energía del bien, que quizá no aprecie en su justo valor. Los diversos organismos internacionales, incluidas las organizaciones católicas, testimonian muy bien esta voluntad de fraternidad efectiva. Su trabajo para aliviar el sufrimiento y promover el espíritu de tolerancia y de servicio contribuye a dar armonía a las relaciones humanas y a la solución de los problemas más urgentes. Muchos hallan alegría y esperanza gracias a ellos. La Santa Sede, por su parte, sigue con interés todas esas actividades, principalmente mediante algunas de sus organizaciones que, en el pasado, estuvieron presentes en muchos "frentes" humanitarios. Recordaré aquí, entre otras, la acción desplegada por el Pontificio Consejo "justicia y paz", por el Pontificio Consejo "cor unum" y el Pontificio Consejo para la pastoral de los agentes sanitarios.

En la acción desarrollada en el campo diplomático también se pueden observar *signos prometedores*. Pienso, por ejemplo, en el *encuentro de Madrid* del otoño pasado, durante el cual, por primera vez, árabes e israelíes se sentaron a la mesa de las negociaciones y aceptaron afrontar temas que hasta entonces eran considerados prohibidos. La perseverancia de hombres iluminados y deseosos de trabajar en favor de la paz ha permitido activar un mecanismo de diálogo y negociación que ofrece a los pueblos de esa zona —en particular a los más desprovistos, como los palestinos y los libaneses— la posibilidad de mirar al futuro con esperanza. Toda la comunidad internacional debería movilizarse para acompañar a esos pueblos de Oriente Medio por los caminos arduos de la paz. ¿Sería una bendición que esa Tierra Santa, en la que Dios habló y por la que Jesús caminó, se convirtiera en un lugar privilegiado de encuentro y de oración para los pueblos, y que la ciudad santa de Jerusalén fuera signo e instrumento de paz y reconciliación?

Allí los creyentes tienen que cumplir una misión de gran importancia. Olvidando el pasado y mirando hacia el futuro, están llamados a arrepentirse, a examinar su comportamiento y a volver a vivir su condición de hermanos porque son hijos de Dios único, que los ama y los invita a colaborar en su proyecto para la humanidad. Considero que el diálogo entre judíos, cristianos y musulmanes ha de ser una prioridad. Conociéndose mejor, estimándose mutuamente y viviendo en el respeto a las conciencias los múltiples aspectos de su religión, serán "constructores de paz" en

esa zona del mundo y en otras partes. Como escribí en mi Mensaje con ocasión de la XXV Jornada mundial de la paz, "una vida religiosa, si se vive auténticamente, debe producir frutos de paz y fraternidad, pues es propio de la religión fortalecer cada vez más la unión con la divinidad y favorecer una relación cada vez más solidaria entre los hombres" (n. 2; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 13 de diciembre de 1991, pág. 21).

Sé también que es ardua la tarea de instaurar este espíritu de fraternidad entre los creyentes. ¿Cuántas denuncias llegan a la Santa Sede deplorando situaciones en que los cristianos son objeto de discriminaciones escandalosas e injustificables, ya sea en Oriente Medio, ya en África! Por ejemplo, en algunos países, donde la mayoría de la población es religión musulmana, los cristianos no tienen, todavía hoy, la misma posibilidad de contar con un solo lugar destinado al culto. En algunos casos, ni siquiera les es posible participar en la vida política del país como ciudadanos con pleno derecho; en otros casos, sencillamente se les aconseja que se marchen. Apelo a todos los dirigentes en cuyos países se vive la experiencia benéfica del diálogo inter-religioso, a fin de que afronten este problema con seriedad y realismo. Están en juego el respeto a la conciencia de la persona humana, la paz civil y la credibilidad de los acuerdos internacionales.

Progresos en Asia

10. Si dirigimos nuestra mirada a *Asia*, notamos que está tomando cuerpo una identidad regional que se afirma progresivamente, sobre todo gracias a la acción perseverante de las organizaciones regionales, que favorecen la cooperación y la amistad entre civilizaciones y pueblos con frecuencia muy diferentes. Así, durante los meses pasados, pudieron realizarse gestos políticos valerosos: las dos *Coreas* se han acercado, y se ha llegado a un acuerdo en *Camboya* que permite que las diferentes facciones empiecen a caminar juntas por un camino trazado con la ayuda de algunos países amigos desinteresados.

También otros dos países han centrado la atención pública. Uno de ellos es la vasta *China*, presente a menudo en el escenario mundial. Esperamos que pueda establecerse con ella una fecunda colaboración internacional. La Santa Sede mira con simpatía a este país inmenso de elevada cultura y de recursos humanos y naturales fuera de lo común. También se esfuerza por seguir el camino de la pequeña comunidad católica que vive en ese país. El Papa anima a sus hijos chinos a que sigan viviendo su fe con fidelidad al Evangelio y a la Iglesia de Cristo y, al mismo tiempo, los exhorta a servir a su patria y a sus hermanos con generosidad, como siempre han hecho.

También quiero dedicar una palabra al querido *Vietnam*, cuyos esfuerzos con vistas a una apertura económica deben apoyarse. Allí vive una pequeña comunidad católica: su vigor apostólico es digno de elogio. La Santa Sede desea ardientemente que se intensifique el diálogo emprendido con las autoridades civiles, con el objeto de consolidar la situación y la irradiación espiritual de esa Iglesia local, tan solidaria con las aspiraciones del país.

Recordando el destino de esas inmensas poblaciones, no podemos pasar por alto a los hombres y mujeres, quizá, más desprovistos y expuestos a las vicisitudes de la vida: los expatriados o los refugiados. Pensemos, por ejemplo, en el drama que viven quienes se encuentran en los campos de Hong Kong, de Tailandia, de Malasia y de otros países, o en quienes son repatriados por la fuerza. A este respecto, al reafirmar

que esas personas tienen los mismos derechos que los demás hombres, conviene insistir en la obligación de la comunidad internacional de asumir sus propias responsabilidades para acogerlos y, a la vez, favorecer en los países de origen condiciones sociopolíticas que les permitan vivir en libertad, dignidad y justicia.

No quisiera acabar este repaso de la situación de Asia sin citar un foco de tensión constante: *Timor Oriental*, que tuve la gran alegría de visitar. Como recordé en muchas ocasiones, se impone un diálogo perseverante para que todos los componentes de la realidad de ese país pongan las bases para una vida política y social en armonía con las aspiraciones de su población. Por su parte, la Santa Sede no ha desaprovechado ninguna oportunidad, sea en el plano eclesial, sea en el diplomático, para invitar a todos los que tienen alguna responsabilidad, así como a los que se preocupan por el bienestar de ese territorio, a trabajar para acabar con estas discrepancias que perduran ya desde hace demasiado tiempo.

Africa en el camino de la democratización y de la paz

11. Detengámonos ahora en *Africa*, donde sopla el viento de la democratización. Se va imponiendo una realidad que representa un enorme progreso: todos los que trabajan en favor de la construcción de nuevas sociedades se esfuerzan principalmente por afianzar la libertad de expresión, la libertad de asociación y la posibilidad de tomar iniciativas. Se trata de una evolución que ha de alentarse, tanto desde el punto de vista de la asistencia política, como desde el punto de vista económico o técnico. Como escribí en la encíclica *Centesimus annus*, es necesario "abandonar una mentalidad que considera a los pobres —personas o pueblos— como un fardo o como molestos e importunos, ávidos de consumir lo que otros han producido. Los pobres exigen el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo más próspero para todos" (n. 28).

También se pueden observar otros signos positivos en ese continente. *Africa del Sur*, por ejemplo, no se deja abatir por las dificultades que se presentan en su transición hacia una sociedad sin segregación racial. *Angola* está dando sus primeros pasos como nación independiente, y *Mozambique* se ha comprometido a instaurar un proceso de paz. Todo esto se ha realizado no sólo merced a la tenacidad de los líderes nacionales, sino también a la mediación y la asistencia de los países amigos. Se trata de un hermoso ejemplo de solidaridad internacional que sería de desear se aplicara a otros importantes focos de tensión.

Situaciones difíciles

12. Por desgracia, esa feliz evolución que he señalado, en *Africa* no se da en todos los países. ¿Cómo olvidar las rivalidades étnicas que atormentan a *Ruanda* o *Burundi*, países que ya han emprendido un camino de reconciliación nacional? Hago un llamado a la comunidad internacional para que no queden abandonadas esas poblaciones. *Zaire* está ahora de actualidad. La descomposición de sus estructuras estatales no facilita prácticamente la elaboración de un proyecto de sociedad que responda a las aspiraciones de la mayoría. Desgraciadamente, durante estas últimas semanas las poblaciones de *Chad* están afrontando algunos disturbios que amenazan la paz civil ya precaria. Por lo demás, la incertidumbre de la democracia en *Togo* es preocupante; habría que hacer todo lo posible para evitar enfrentamientos devastadores. *Libe-*

ria, por su parte, sigue debatiéndose en una guerra civil que no sólo ha destruido toda la infraestructura del país, sino que además obliga a un elevado número de personas a tomar el camino del exilio. *Madagascar*, tras algunos meses de profunda crisis política, social y económica, que parecía haber atenazado a toda su población, afronta hoy una coyuntura preocupante. ¡Ojalá que no se abandone a las poblaciones de esos países, ya probadas por muchas calamidades naturales, por una historia atormentada y por una pobreza endémica! ¡Este es el grito que en su nombre lanzo hoy a toda la comunidad internacional!

Algunos signos de optimismo

13. Para despedirme del continente africano con una observación un poco más optimista, quisiera recordar aquí a un pequeño pueblo que, al cabo de treinta años de guerra, empieza a gustar sus primeros meses de paz: *Eritrea*. Es verdad que si se piensa en los huérfanos, en la escasez de alimentos y en la inmensa tarea de reconstrucción, los frutos de la pacificación tienen todavía un sabor amargo. Pero con el retorno de la paz y el apoyo de los buenos amigos, todo es posible. ¡Ojalá que a esas poblaciones no les falten nunca la ayuda y la comprensión! Evidentemente no se puede menos de mencionar a la cercana *Etiopía*. Es menester que pueda hallar una solución institucional para la diversidad de los pueblos que la componen.

Africa se agita; por tanto, vive. Sus poblaciones son cada vez más conscientes de su dignidad, y están mejor informadas. Tienen derecho a nuestra solicitud, que esperan. La Iglesia católica despliega en ese continente —lo sabéis— una obra paciente y perseverante, que muchas veces la opinión pública no conoce. La realiza por medio de misioneros ejemplares, cuya devoción y abnegación son admirables, y que frecuentemente pagan con su vida su compromiso apostólico. Me complace rendirles homenaje aquí, ante este auditorio, y alentarlos a proseguir su testimonio de fe y caridad que honra a toda la Iglesia.

Luces y sombras en América Latina

14. En fin, nuestra última etapa nos conduce hacia *América Latina* que, este año, celebra el V Centenario de la epopeya de Cristóbal Colón. Es también el aniversario de la primera evangelización. Si Dios quiere, tendré la alegría de presidir personalmente la Asamblea general de Episcopado latinoamericano en Santo Domingo, el próximo mes de octubre. Esas tierras han sido fecundadas por el Evangelio. Mis visitas pastorales me han permitido constatar que esas comunidades viven una fe profunda y que están animadas por la voluntad de testimoniar a Cristo en todas las circunstancias y en todas las situaciones.

Allí también es posible advertir muchos aspectos positivos. La democracia ha ganado terreno. Los países de ese continente tienen ahora gobiernos elegidos democráticamente, y los grupos armados, con excepción de Perú, han entregado sus armas o ya han iniciado negociaciones para hacerlo. Pienso en *El Salvador*, en *Guatemala* y en *Colombia*. Existen numerosos proyectos para llevar a cabo programas que respeten la índole cultural específica de los indígenas y de los negros. Además, la integración económica, con el amplio movimiento de solidaridad regional e internacional que supone, también se está abriendo camino. Estos hechos demuestran que es posible pasar del enfrentamiento a la cooperación.

Es necesario que esto se lleve a cabo también en otros lugares, porque existen zo-

nas de sombra. Me refiero, en particular, a *Haití*, donde todo el pueblo debe hacer frente a la pobreza, víctima de una lógica implacable de violencia y de odio que no le permite expresar sus aspiraciones a la paz y a la democracia. Ojalá que la comunidad internacional también se comprometa a ayudar sobre todo a los haitianos para que ellos mismos lleguen a ser artífices de su propio destino. No olvido a *Cuba*, aún más aislada. La Santa Sede espera que sus habitantes experimenten, en condiciones de vida más prósperas, la alegría de poder construir una sociedad en la que todos se sientan cada vez más partícipes de un proyecto común, aprobado libremente. Otros problemas más generales afectan a algunos países, como por ejemplo el cultivo y el tráfico de droga en los países andinos, o la lucha subversiva armada, que desintegra la vida política y social de *Perú*, y que no respeta ni siquiera a la Iglesia. La pobreza y la deuda externa representan de igual modo un serio escollo para un desarrollo tranquilo y constante.

Un continente marcado por el mensaje del Evangelio

15. Todas esas sociedades, impregnadas por la tradición cristiana, poseen gracias a Dios recursos morales y humanos que jamás se han de descuidar; por el contrario, hay que lograr que den fruto. La Iglesia católica es consciente de su misión en el "continente de la esperanza", y sus fieles están en primera línea entre las fuerzas vivas de los países que lo componen, esforzándose por ser testigos de Cristo. He tenido el privilegio de comprobarlo durante mi reciente viaje apostólico a Brasil. Los católicos aportan al desarrollo de esa inmensa nación, de enormes potencialidades, la contribución de su compromiso en favor de la renovación política y social tan necesaria para alcanzar un mayor grado de justicia y de desarrollo. En este año, en que diversas e importantes manifestaciones caracterizarán las celebraciones con ocasión del V Centenario de la primera evangelización, esos cristianos están llamados, en profunda unión con sus pastores, a intensificar su compromiso en favor de la renovación de la sociedad, el desarrollo integral del hombre y la protección de los valores familiares que ciertas legislaciones, por desgracia, pretenden debilitar.

La escucha atenta del otro, la consideración de sus necesidades y el respeto al derecho son los únicos medios civilizados que permiten superar los intereses egoístas y abrirse a las necesidades de la comunidad. Pienso, por ejemplo, en la urgencia de una colaboración mejor y más tranquila entre *Ecuador* y *Perú*. Aliento vivamente a los responsables de esos países, tan profundamente marcados por el mensaje y la caridad del Evangelio, a evitar todo lo que pueda acrecentar las diferencias y a comprometerse valerosamente en el camino del diálogo iluminador y de los contactos previstos. El encuentro entre los presidentes ecuatoriano y peruano, que tuvo lugar hace poco en Quito, representa una etapa significativa. Pido a Dios que refuerce sus intenciones e ilumine sus negociaciones.

Paz a los hombres a los que Dios ama y visita

16. Excelencias, señoras y señores, hemos llegado al fin de nuestro encuentro. Hemos recordado los retos y las esperanzas de nuestro mundo, de los cuales cada uno de nosotros, en el lugar que Dios nos ha asignado, es responsable. En los próximos meses todos juntos tratemos de contribuir al bien temporal y espiritual de los hombres y las sociedades. Pido a Dios que nos dé sabiduría, previsión y compasión, a fin de que no seamos insensibles ante la miseria e indiferentes ante la injusticia, y

no nos resignemos ante ninguna división.

Que los cristianos reaviven su fe y su esperanza en la fuente del misterio inagotable de la Navidad, que puede resumirse en una palabra: ¡Paz! ¡Paz a los hombres a los que Dios ama y visita! ¡Que él os acompañe durante los próximos meses y que os bendiga a vosotros y a vuestros seres queridos!

A LOS OBISPOS FRANCESES DE LA REGION APOSTOLICA DEL CENTRO

UNA ESPIRITUALIDAD VIVA Y ROBUSTA AYUDA AL SACERDOTE A HACER FRENTE AL SECULARISMO

Queridos hermanos en el episcopado:

1. Al acogeros, con ocasión de vuestra visita *ad limina*, me alegra empezar esta serie de encuentros que tendré con todos los obispos de Francia en los próximos meses. Os doy la bienvenida de todo corazón en este día en que realizáis vuestra peregrinación a la tumba de los santos Pedro y Pablo, los apóstoles que fundaron la Iglesia en Roma y que nos transmitieron el mensaje de Cristo redentor, muerto y resucitado para sellar la Alianza nueva y eterna. El martirio de los Apóstoles, de muchos de sus sucesores y compañeros, nos invita a renovar incesantemente nuestra entrega a la misión pastoral y al testimonio evangélico que se nos ha confiado. Que el Espíritu Santo, que se nos dio especialmente con la ordenación episcopal, os haga cada vez más fieles y audaces para anunciar la esperanza de la salvación mediante la palabra de

verdad y para reunir a los fieles de vuestras diócesis en una comunión que se irradie.

Agradezco a mons. Jean Honoré, presidente de la región apostólica del centro, el saludo que acaba de pronunciar. Aprecio su descripción lúcida y detallada de la situación eclesial en esas diócesis, que gozan de un patrimonio cristiano prestigioso, formado a lo largo de los siglos por santos, pastores y fieles que han permanecido anónimos, pero cuya obra sigue viva. Presentáis un análisis exigente de la vida eclesial de vuestra región y expresáis vivamente vuestras preocupaciones y vuestros motivos de esperanza. Espero que nuestros intercambios, así como vuestros encuentros con mis colaboradores de los diferentes dicasterios, refuercen en vosotros el deseo de servir. Tal como os dije a cada uno de vosotros personalmente, os aliento a proseguir con confianza vuestra tarea para el bien de la Iglesia y la sociedad, en la que aquella testimonia la elevada vocación del hombre.

Habéis recordado numerosos aspectos de vuestra misión. Comprendéis que me es imposible afrontarlos ahora en su totalidad, pero durante mis próximos encuentros con los obispos de Francia iré haciéndolo progresivamente. Hoy quisiera *hablar, sobre todo, de los presbíteros*, vuestros colaboradores privilegiados en el sacerdocio. Las condiciones actuales de su ministerio y la disminución de su número constituyen una de vuestras mayores preocupaciones, así como de todos los obispos, de modo particular en los países de Europa.

Entrega admirable

2. Mi pensamiento va frecuentemente a esos hombres que, con fidelidad y humildad, siguen sirviendo al pueblo de Dios, algunos desde hace muchos años, con entrega admirable. *Os ruego les transmitáis el aliento afectuoso del Sucesor de Pedro*, asegurándoles que nuestra comunión es profunda en la ofrenda eucarística, en la oración de cada día, en el ministerio de la misericordia, en los actos ricos de gracia que son la celebración de los sacramentos y su preparación, en la acogida de las personas desorientadas por la vida, en las víctimas de la pobreza material y en el anuncio ardiente de Aquel que es la Palabra de vida. Referid a los sacerdotes de vuestras Iglesias diocesanas mi alegría de saberlos entregados completamente, a imitación de Cristo, con el fin de cooperar día tras día en su misión salvífica. Sepan aquellos a quienes inquietan o desalientan las dificultades del ministerio, que los acompaño y los encomiendo a la Virgen María, Madre de la Iglesia, que nos precede en la peregrinación de la fe.

Entre vosotros, los sacerdotes son pocos y su edad media es elevada. Es-

tán llegando algunos sacerdotes jóvenes y fervorosos, pero no bastan para relevar a los ancianos: ésta es vuestra preocupación diaria. Comparto vuestra inquietud frente a esta especie de invierno que estáis atravesando. Pero estoy convencido de que no se trata de una regresión definitiva y que, fundamentalmente, esta situación no pone en peligro la estructura del pueblo de Dios, tal como, de acuerdo con la voluntad de Cristo, fue constituida desde los tiempos de los Apóstoles y a lo largo de la Tradición. La historia, en Francia como en muchos otros países, ha conocido períodos de empobrecimiento; pero también esa historia nos enseña que la vitalidad del cuerpo sacerdotal no se ha extinguido. El Señor no permitirá que su rebaño se quede sin pastores: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20). Es una convicción que todos los miembros del pueblo de Dios deben compartir en la oración y que debe inspirarles nuevas acciones, a fin de que se lance a los jóvenes con insistencia y de manera creíble la llamada.

Misión en la Iglesia

3. Es necesario reflexionar, en primer lugar con los sacerdotes y la totalidad de la comunidad, en la *comprensión exacta del sentido del sacerdocio en la Iglesia*. Este no es lugar apropiado para hacer una exposición exhaustiva de ese tema, pero quisiera destacar algunos aspectos. Llamados del seno de la comunidad y apartados, los sacerdotes están consagrados al servicio del pueblo de Dios. Los habéis ordenado para que, en el Cuerpo, hagan presente a la Cabeza, Cristo: para que sean los encargados de reunir a la comunidad, "los administradores de los misterios de Dios" (1 Co 4, 1) y los animadores de los esfuerzos misioneros

Guía de los seglares

ros de los cristianos. Gracias a su ministerio, la asamblea de fieles está fundada verdaderamente sobre la piedra angular, y mediante la palabra que les ha sido confiada, el Salvador se hace presente, proclama de manera auténtica la Palabra de salvación, se da a sí mismo como alimento en el Pan de vida, reconcilia, perdona y une a los diversos miembros en una misma comunión. ¿Habéis meditado en el gran texto del concilio Vaticano II que nos habla de esa presencia de Cristo en la Iglesia (cf. *Sacrosanctum concilium*, 7)? Los fieles que se hallan privados de la presencia constante de sacerdotes sienten —muchos de entre vosotros me lo han dicho— que la asamblea no alcanza su plenitud. Porque el sacerdocio común de los bautizados no puede ser participación plena en el sacrificio del amor de Cristo sin la mediación del que ha recibido la misión de hacer realidad en favor de sus hermanos los signos del don de Dios: los sacramentos. Corresponde al sacerdote presidir la asamblea eucarística en la oración, anunciar el Evangelio, pronunciar la oración de alabanza en el curso de la cual Cristo hace sacramentalmente presente el sacrificio perfecto, dar el pan de vida en comunión y enviar a la misión a todos los participantes.

Si los laicos se dan cuenta de que la Eucaristía hace a la Iglesia, pueden comprender mejor que el papel irremplazable del sacerdote en la acción litúrgica es el signo del conjunto de su misión al servicio de la comunidad. Esto se percibe mucho mejor cuando se trata de una comunidad de bautizados conscientes de su propia vocación y misión, pues saben que para ser fieles a ellas es necesario colaborar con aquel que, en medio de la comunidad, desempeña el ministerio sacerdotal específico.

4. Insistir en el *ministerio pastoral y sacramental de los sacerdotes* —como ya he afirmado— *no quita de ninguna manera valor a la responsabilidad y las iniciativas que toman los laicos*. Para decirlo claramente, quiero citar las palabras de un mensaje dirigido por algunos sacerdotes franceses a los miembros del próximo sínodo diocesano: "El hecho de compartir con los cristianos la responsabilidad de la misión no representa para nosotros un desposeimiento, sino más bien una gracia de renovación y esperanza". En efecto, la gran evolución del ministerio sacerdotal que estamos experimentando se debe en gran parte a la vitalidad creciente de los laicos quienes, por el hecho de su compromiso, exigen una renovación en el ejercicio del sacerdocio ministerial. El pastor está llamado a conducir la comunidad, a estructurarla como Cuerpo de Cristo. Por esta razón, trata de asemejarse humildemente al Señor que dijo: "Conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí" (Jn 10, 14). Es hacer realidad el envío a la misión, con el que el celebrante concluye la asamblea eucarística, a fin de que cada uno difunda el mensaje de salvación que tuvo la gracia de escuchar. Una parte esencial del ministerio presbiteral consiste en alentar o suscitar, coordinar o apoyar la acción responsable de los fieles en los múltiples campos de su vocación bautismal. En otro momento abordaré el tema de la misión de los laicos, pero me gustaría recordaros ahora que está en estrecha relación con la del sacerdote.

Vocación de servicio

5. Deseo mencionar aquí el otro grado del sacramento del orden que

conferís: el diaconado, que el concilio Vaticano II volvió a instaurar en forma permanente. Es útil recordar las palabras con las que Pablo VI presentó el sentido de esta vocación específica. El diácono es, "de alguna manera, el intérprete de las necesidades y aspiraciones de las comunidades cristianas, animador del servicio o "diaconía" de la Iglesia en el seno de las comunidades locales, signo o sacramento de Cristo mismo, que "no ha venido a ser servido, sino a servir" (cf. Mt 20, 28)" (Carta apostólica *Ad pasce dum*, 15 de octubre de 1972, preámbulo). Sin sustituir al sacerdote, este colaborador del obispo recibe particularmente la misión de servir, como Cristo servidor; servir a la asamblea litúrgica, a los pobres y a la comunidad, en las tareas que le indicáis. Es un signo de la Iglesia servidora en medio de los hombres. Los candidatos o se presentan espontáneamente o tomáis la iniciativa de llamarlos. Su experiencia anterior de servicio, en el seno de sus propias familias, en su ambiente profesional o en su vida eclesial, motivan su llamada, que se profundizará mediante una formación específica y madura, y que la mayoría afrontará en compañía de sus esposas e hijos. Decid a los diáconos de vuestro país que rindo homenaje a su generosidad y pido al Señor por la fecundidad de su ministerio.

El presbiterio

6. El pastor de una diócesis confía su ministerio a quienes ha ordenado y, gracias a ellos, responde del mejor modo posible a las múltiples exigencias de los fieles y a las expectativas de los que aún no han recibido el Evangelio. Las tareas son pesadas y han de sobrellevarse entre todos. Se experimenta cada vez más la necesi-

dad de que exista una solidaridad profunda entre todos los sacerdotes entregados completamente a la misión y que forman un mismo presbiterio en el seno de la Iglesia diocesana. Ciertamente, no se trata de anular la diversidad de los talentos o de las culturas de unos y otros, o las diferencias de sensibilidad entre las generaciones, sino de favorecer su acogida recíproca para lograr un verdadero apoyo fraternal. Los consejos presbiteriales son un medio notable de colaboración en el ministerio y un signo importante de la cohesión entre los sacerdotes. Los fieles tienen necesidad de percibir la comunión del presbiterio para comprometerse en su propia misión. Por lo demás, ese organismo estatutario, que facilita el encuentro entre los sacerdotes para la oración común y el estudio o, incluso, el esparcimiento amistoso, los sostiene. Sé que os esforzáis por suscitar o promover esas iniciativas necesarias para afrontar la sobrecarga del ministerio o la soledad frecuente. Ayudáis, así a acrecentar la vitalidad del presbiterio.

Por otra parte, los lazos personales de cada sacerdote con su obispo revisten gran importancia para la misión común. Habéis de velar por el equilibrio de la vida de vuestros sacerdotes, su salud, y las condiciones materiales de su existencia, porque frecuentemente los medios son insuficientes y la ayuda por parte de los fieles muy escasa. Aprecio los grandes esfuerzos desplegados en las diócesis para permitir que los sacerdotes lleven una vida lo más sana y feliz posible. Podéis asegurarles que doy a esa obra un gran valor y que doy las gracias a cuantos contribuyen a ella.

Desde el punto de vista espiritual, es preciso considerar hoy las dificultades que encuentran los sacerdotes, tanto ancianos como jóvenes. Las

condiciones difíciles de su ministerio exigen que estén enraizados a fondo en una relación personal con Aquel a quien han aceptado seguir "abandonando sus redes". El camino que han tomado presenta poco a poco dificultades y obstáculos imprevistos. No nos es dado avanzar con paso firme, si no escuchamos cada día la palabra de Jesús que nos fortalece contra el viento y la tempestad. Para hacer frente a los vientos contrarios, es menester apoyarse en una espiritualidad viva y robusta. En diferentes épocas, de modo especial en vuestro país, ha surgido una espiritualidad propia del sacerdote diocesano. ¿Acaso no es ésta una tarea que hay que volver a afrontar hoy día, en un mundo que ha cambiado? El estilo de vida, la mentalidad de nuestros contemporáneos y sus relaciones con la fe y la Iglesia han evolucionado. Es necesario, pues, que cuantos han comprometido su vida al servicio de Cristo puedan discernir juntos los caminos de una espiritualidad del sacerdote diocesano, mediante la escucha constantemente renovada de la Palabra viva, que la Iglesia nos transmite, y una vida eucarística intensa.

En la vida y el testimonio de los sacerdotes hay un elemento que deseo señalar de modo particular. Me refiero al don radical que presenta el celibato sacerdotal. Los debates que han tenido lugar ocultan con mucha frecuencia el sentido de ese compromiso y provocan incomprensión hacia quienes lo viven generosamente. ¿No es posible lograr que nuestros contemporáneos comprendan mejor que se trata del don libre de sí, del dominio de sí que no sólo permite una mayor disponibilidad, sino ante todo una adhesión total a Aquel que dio su propia vida, que se entregó a sí mismo por todos los hombres? Semejante renuncia, vivida con fidelidad humilde, es una forma

elegida deliberadamente para vivir una vida que de ningún modo menoscaba la personalidad. En una comunión de amor intensa con Dios y en una apertura verdadera al prójimo, el celibato por el Reino permite el desarrollo real de la persona y constituye un testimonio auténtico de generosidad. Lo descubrimos cada día entre los sacerdotes que nos rodean, pues nos muestran con sencillez que los hombres puedan asumir su afectividad y ofrecerla a Dios.

Con respecto al tema de la vida sacerdotal, hablaré aún de otro aspecto. Diría que los mensajeros del Evangelio han de ser, a su vez, evangelizados, pues perciben la necesidad de dejarse captar por Cristo en el ardor del Espíritu. Experimentan la necesidad de acoger en su corazón y en su inteligencia de hombres de nuestro tiempo la revelación que Dios hizo de sí en Cristo, a fin de llegar a ser sus testigos verdaderos. Así, pues, no se puede disociar la búsqueda espiritual del esfuerzo de la inteligencia de la fe, ya que nuestros contemporáneos esperan que los orientemos hacia la luz. Hemos de responder a sus interrogantes, y también interpretar los motivos de su búsqueda y de su desasosiego. Para responder verdaderamente a tantos interrogantes acerca del sentido de la vida y de la historia, no podemos descuidar los esfuerzos de formación y reflexión teológica en todos los campos. Por amor a este mundo frágil y a menudo desengañado, en el que la indiferencia oculta muchos interrogantes, es preciso comprender y expresar con claridad lo que es el hombre en el plan de Dios, y hacer que nuestros hermanos y hermanas se abran de manera creíble a la esperanza de la redención. Procurad designar a algunas personas a fin de que se ocupen de la investigación teológica, pero que estén

asociadas al conjunto del presbiterio.

Pastoral de las vocaciones

7. Junto con los sacerdotes, cuyas funciones y vida personal acabamos de recordar, es importante ahora *preparar con ilusión al futuro*. Ya habéis tomado muchas iniciativas en el ámbito de la *pastoral de las vocaciones*. Os aliento a que sigáis haciendo resonar infatigablemente entre todos los cristianos la llamada al servicio sacerdotal, irremplazable en la Iglesia. Quisiera alentar de igual modo a todos los fieles. La posibilidad de una respuesta a la llamada de Dios por parte de los jóvenes depende de la convicción de las comunidades, porque la credibilidad de toda llamada depende en última instancia del hambre espiritual de las comunidades, de su sentido de comunión eclesial, de su acogida de los dones sacramentales y de su compromiso en la misión. Los jóvenes oirán la llamada sólo si descubren una expectativa real por parte de los laicos y, hay que decirlo, una disponibilidad de todos a colaborar con sus sacerdotes, confiando y respetando a las personas, y sus compromisos y funciones específicas. Una mejor comprensión de la estructura del pueblo de Dios, tal como el concilio Vaticano II la describió admirablemente, debe impulsar a sus miembros a llevar y transmitir la llamada al servicio sacerdotal.

Recibís a algunos jóvenes que quieren responder generosamente a la llamada de Cristo. Prestad mucha atención al discernimiento y a la formación de los candidatos al sacerdocio. Las diversas condiciones de su educación y, a veces, el ambiente bastante alejado de la vida eclesial en el que han crecido, exigen que se les brinde un apoyo particular. Para prepararlos a entrar en el ciclo de formación,

es oportuno que dispongan de un período previo dedicado a la reflexión, a saber, los cursos "propedéuticos", de manera que progresen en el conocimiento del mensaje cristiano. Os aliento a sostener el desarrollo de esos cursos "propedéuticos", gracias a los cuales los jóvenes podrán vivir una experiencia espiritual e insertarse en la actividad pastoral diocesana, que los abre a las riquezas del amor de Cristo y de su Iglesia.

Acerca de la *formación con vistas al sacerdocio*, sabéis que me apresto a publicar las conclusiones de la reflexión que surgió en el marco del Sínodo de los obispos. Quisiera insistir aquí sencillamente en la calidad de la formación. Es preciso tener en cuenta las aspiraciones de los jóvenes que se dirigen a vosotros, así como sus necesidades pastorales concretas, pero sin quemar las etapas de una práctica pastoral que, de lo contrario, carecería de preparación suficiente, tanto para su vida de oración como para su cultura teológica. Hay que interrogarse sobre el equilibrio que existe entre los campos complementarios de los programas de formación de los seminarios. Los jóvenes tienen que aprender a acoger la riqueza del patrimonio cristiano mediante los estudios bíblicos, patrísticos e históricos, la filosofía, la teología dogmática y moral, mediante la inteligencia del sentido de la liturgia y el conocimiento articulado de la doctrina social. De igual manera deben estar abiertos a las exigencias del pensamiento contemporáneo, que no puede ser evangelizado si antes no se aprecian sus contenidos verdaderos y fecundos. Esos programas son ambiciosos, pero es necesario que los futuros sacerdotes los sigan, si quieren afrontar su ministerio con seguridad doctrinal y, simultáneamente, con una primera experiencia pastoral. A pesar del nú-

mero reducido de sacerdotes disponibles, seguid permitiendo, como venís haciéndolo, que quienes demuestren mayor aptitud para los estudios puedan convertirse en buenos formadores.

Una Iglesia resplandeciente

8. Queridos hermanos, he comprendido muy bien la gravedad de las preocupaciones de la Iglesia en vuestras diócesis y en vuestro país, así como vuestro deseo de ser solidarios con la Iglesia universal. Es algo que honra vuestra conciencia de pastores. Quisiera que vuestra visita al Sucesor de Pedro fuera para vosotros un motivo de estímulo a fin de reanudar vuestra labor como sucesores de los Apóstoles con la fuerza de la fe y de la esperan-

za y con el fervor del amor hacia todo el pueblo. Al presentarme aquí la vida de vuestras diócesis, me habéis hecho percibir vuestra entrega a los hombres y mujeres de vuestra tierra. Os pido que llevéis a cuantos forman parte de vuestras comunidades diocesanas mi saludo cordial y mi llamamiento apremiante para que den vida a una Iglesia resplandeciente y constituyan todos juntos el Cuerpo de Cristo, acogiendo a los que buscan la Verdad de la vida.

De corazón os imparto mi bendición apostólica a todos vosotros, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los laicos de vuestras diócesis, al tiempo que pido a María y a los santos de vuestra tierra que os ayuden a avanzar por vuestro camino.

A LOS OBISPOS FRANCESES DE LA REGION APOSTOLICA DEL ESTE

ESPIRITU DE SOLIDARIDAD Y SERVICIO

El tercer grupo de obispos de la Conferencia episcopal francesa, el de la región apostólica del este, hizo la visita "ad limina apostolorum Petri et Pauli" a finales de enero. El Romano Pontífice recibió separadamente a cada uno de ellos, como informamos ya en el diario de las audiencias privadas. El día 25 se celebró con ellos la Eucaristía y tuvo con todos un encuentro colegial: eran 10, más el arzobispo de Mónaco, mons. Joseph-Marie Sardou, t.d. Al comienzo del encuentro mons. Eugène Lecrosnier, obispo de Belfort-Montbéliard y presidente de la Conferencia episcopal de la región apostólica del este, dirigió al Santo Padre unas palabras en nombre de todos, en las que expuso las luces y sombras de la situación de las diócesis de esta región. Acto seguido, el Papa pronunció en francés el discurso que ofrecemos a continuación traducido al castellano.

Queridos hermanos en el episcopado:

1. Bienvenidos a la sede del Obispo de Roma, pastores de las diócesis del este de Francia. Agradezco a mons. Eugène Lecrosnier, vuestro presidente, la presentación que acaba de hacer de vuestra región y de vuestras preocupaciones comunes. Como ha dicho, vuestra visita *ad limina apostolorum Petri et Pauli* tiene como objetivo principal reavivar la gracia de vuestro ministerio episcopal y alegría a quien ha recibido el encargo de Pedro de confirmaros en vuestra misión apostólica.

Vuestra región, en el corazón de Europa, goza de un valioso patrimonio cristiano y de notables recursos humanos, culturales y educativos. Pude darme cuenta de ello en el curso de la visita que realicé en 1988, y de la que conservo un grato recuerdo. Me habéis informado de que en algunas de vuestras diócesis la situación cambia sensiblemente en el ámbito económico y que frecuentemente degenera provocando, sobre todo, un desempleo importante, por lo cual la condición social de una parte de los trabajadores y de sus familias resulta precaria. Sabed que, junto con todos vosotros, presento estas preocupaciones al Señor y aliento los esfuerzos de los laicos para afrontar con determinación esos problemas graves y dolorosos.

En el campo de la pastoral, habéis recordado con sinceridad las dificultades relacionadas con lo que se puede llamar "secularización". Algunos sufren la tentación del desaliento por el número reducido de vuestras comunidades, pero conviene tener presente su vitalidad. Hay signos de esperanza. Vuestros esfuerzos pastorales no son vanos. Mantenedlos sin cesar, junto con vuestros colaboradores en el sacerdocio, con los diáconos responsables, los religiosos y las religiosas y todos los fieles. Transmitidles mi simpatía y mi confianza.

Humanizar la sociedad

2. Sabéis que pienso afrontar diversos temas con los grupos de obispos de Francia durante las visitas que se están llevando a cabo. Quisiera hablar hoy de la *presencia de la Iglesia y la vida de los católicos en la ciudad*. Desde el punto de vista de las relaciones institucionales con el Estado, a causa de las circunstancias históricas, dos de vuestras diócesis se hallan sometidas al régimen concordatario, mientras que las restantes están bajo el régimen de separación. En ambos casos la legislación y la jurisprudencia pueden asegurar a la Iglesia condiciones que le permitan, en su conjunto, cumplir libremente su misión específica.

En el marco de un Estado de derecho, en el que conviven diversas familias espirituales, ¿qué significa la presencia de los miembros de la Iglesia? Conviene disipar ciertos malentendidos, frecuentes en la opinión pública, según los cuales existen reivindicaciones o, incluso, presiones por parte de la Iglesia. En efecto, una gran mayoría en vuestra sociedad declara que profesa la religión católica. Aunque con diversos matices de adhesión y de práctica, es un hecho que corresponde a la herencia de un pueblo que recibió el bautismo hace quince siglos y cuyo espíritu y cultura han sido marcados profundamente por el mensaje evangélico. Los fieles laicos responden a su vocación cuando toman parte activa en la *misión constante de humanizar la sociedad* y son fieles a lo que tienen de más precioso: los valores espirituales y humanos, que no se pueden separar sin consecuencias negativas.

En este sentido se ha de entender la *libertad religiosa*: no es sólo la libertad de un "jardín secreto", ni la libertad de culto y de impartir una educación inspirada

en los valores cristianos, es también la libertad civil y social, que asegura a las instituciones religiosas los medios concretos para que ejerzan su misión. Existe una distinción entre el ámbito civil y el religioso, pero no una separación. Esto vale también para las personas. El respeto que tenemos a las convicciones de los demás supone que se respeten también las nuestras. La pluralidad de concepciones de la vida no ha de significar la marginación o el desprecio hacia una buena parte de los ciudadanos de la nación.

A este respecto, aprecio los esfuerzos de análisis que llevan a cabo los obispos, a menudo valiéndose de comisiones especializadas, y los fieles en los movimientos católicos o personalmente. Esto os permite afrontar los problemas de la sociedad y apelar claramente a las conciencias de vuestros compatriotas. Y, cuando sea posible, conviene que esas tomas de posición sean objeto de una reflexión conjunta con los creyentes de otras tradiciones religiosas. Por lo demás, este recurso constituye un elemento significativo del diálogo interreligioso.

El ideal cristiano

3. En el fondo, lo que impulsa a los fieles de la Iglesia a participar en la vida de la ciudad es su *concepción del hombre*, conscientes de su responsabilidad en la comunidad, y solidarios con la entera familia humana. El cristiano encuentra en su fe iluminación sobre el sentido de la vida y puntos de referencia para su acción. La fe funda su libertad en relación con los diversos poderes que se ejercen sobre él, como por ejemplo el poder del dinero o la atracción de los placeres y de los bienes de consumo. Inspirado en la ley evangélica que lo lleva a amar a Dios y al prójimo, debe distinguir, pero sin separar, los diversos aspectos de su existencia. *No se pueden descartar de antemano las exigencias morales cuando se trata de la dignidad de la persona*, del trabajo, de las relaciones económicas, de la educación, de la salud y del apoyo a los más necesitados. En nombre de estos valores, existe un derecho al discernimiento, es decir, a la crítica, sobre todo frente a la gran cantidad de adelantos de la ciencia y la técnica.

Es preciso agregar que el discípulo de Cristo tiene conciencia de que su concepción exigente del hombre nace de una vocación que constituye un *ideal hacia el que todos han de tender*, con la ayuda de Dios, aun cuando la debilidad y las faltas de cada uno entorpezcan este camino. Pero reconocer la imperfección con humildad no lleva a renunciar a la búsqueda de la perfección. Reconocer la existencia de muchas transgresiones morales no justifica de ningún modo el amoralismo. No deseamos hacer alarde de superioridad; lo que deseamos es unirnos a nuestros hermanos y hermanas de buena voluntad para defender la verdadera grandeza del hombre.

4. Estas consideraciones explican la decisión de los fieles de participar en todo lo que constituye y manifiesta la cultura de la sociedad de la que forma parte. Piénsese, sobre todo, en los *medios de comunicación social* cuya audiencia sitúa en el primer puesto en la opinión pública, pues son a la vez el reflejo de la sociedad y agentes de influencia. Su credibilidad y su influjo en la mentalidad de la gente hacen que sean objeto de debates constantes, lo cual es sumamente beneficioso. Es evidente que la gente espera que se esfuercen sin cesar por ser verdaderos, dignos y humanos. Su deontología, en especial para los que están presentes en todos los hogares, les exige *respetar todas las convicciones* y no ignorar ninguna de ellas. Os habéis visto obligados a reaccionar justamente frente al silencio que guardan mu-

chas veces con respecto a algunos elementos significativos de la vida cristiana y frente a las deformaciones o la burla hacia lo máspreciado que tienen los creyentes. Algunos declaran que no quieren sufrir la presión de la Iglesia pero, al mismo tiempo, tergiversan su pensamiento. En nombre de la justicia se tiene el derecho de exigir a los medios de comunicación social que tomen en cuenta, con objetividad, lo que uno cree. Y vosotros tenéis que velar, más o menos directamente, pues se tiende a presentar como admisibles o normales ciertos comportamientos discutibles, principalmente entre los jóvenes que todavía no están preparados para formarse una opinión libre de este tipo de presiones. Ciertamente no olvido el trabajo tan cualificado que llevan a cabo los medios de comunicación cristianos, la prensa escrita nacional o regional, las radios diocesanas o los programas audiovisuales. Pero su existencia no justifica que, en una sociedad pluralista, los medios de comunicación social con una gran audiencia ignoren las convicciones cristianas fundamentales o que, incluso, manifiesten hostilidad hacia ellas.

El día del Señor

Entre las preocupaciones que me habéis confiado a propósito de la sociedad, quisiera recordaros brevemente otra. Existe una tendencia, cada vez más fuerte, a modificar el ritmo de la vida, o por razones económicas, o para facilitar el ocio. Como consecuencia de este hecho, la función tradicional del domingo, día del Señor, tiende a desaparecer: restar importancia a las actividades profesionales ese día, ¿no equivale a entorpecer la vida de las familias, en la que cada vez más miembros deben trabajar, y a quitar a muchas de esas personas un tiempo libre precioso para la vida litúrgica, para la recuperación espiritual para los encuentros libres y desinteresados o para la cultura personal? Y, en un ámbito cercano, la continuidad de los días de estudios para los niños, que muchos propugnan, hace que resulte muy difícil para las familias y las comunidades la tarea de la educación religiosa. La ley ha sancionado el derecho a gozar de un tiempo conveniente reservado a la formación religiosa. Los cambios en el uso del tiempo no deben hacer que este derecho se convierta en un principio casi inaplicable, que reserve sólo algunos momentos de la semana para los niños quienes, en realidad, no se muestran disponibles para realizar actividades pedagógicas convenientes y serias. Apruebo los esfuerzos que estáis desplegando a fin de conservar la posibilidad efectiva en las familias y en la Iglesia de dar a los niños una formación cristiana y de ofrecerles una semana escolar más equilibrada.

La doctrina social

5. Considerando el compromiso de los miembros de la Iglesia en la ciudad de una manera más general, quisiera señalar lo que hacéis para desarrollar el espíritu de solidaridad y de servicio. Los mandatos del Evangelio invitan a todos los discípulos de Cristo a poner en práctica dicho espíritu. En la práctica, esto comporta un impulso de civismo, en el sentido más noble del término. La exigencia del bien común se opone al individualismo o al repliegue en sí mismo, denunciados con frecuencia; y esa noción perdería su alcance real, si sólo fuera un principio sin aplicaciones diarias concretas. La responsabilidad de los poderes públicos, electivos o administrativos, así como la responsabilidad económica, fundan su legítima-

ción sólo en el bien de toda la comunidad. Es necesario trabajar en este campo con todos los recursos de la inteligencia y del corazón.

Los cristianos, sobre todo, no pueden resignarse a ver cómo se perpetúan o se agravan los males que afligen a muchos de sus hermanos. Alentados incansablemente a que desplieguen todos sus talentos para vencer la pasividad frente a las plagas del desempleo y lograr que el mayor número de personas tengan acceso al trabajo, fundamental para la dignidad del hombre y de su familia. Hay mucho que hacer. En un país tan rico, en comparación con el conjunto del mundo, es preciso movilizar las energías y crear una solidaridad que reduzca la influencia de la pobreza y la difusión de situaciones de precariedad. No se puede dejar sin esperanza a los jóvenes, ni desamparar a los adultos. Los minusválidos, los ancianos y los enfermos tienen derecho a que se les atienda, se les cuide y se les asegure condiciones de vida dignas. Se ha de acoger al extranjero y darle asilo, pues está desarraigado de su tierra.

Las tensiones económicas no deben entorpecer el crecimiento de las familias y su deseo de transmitir la vida, ni tampoco privarles de los medios para educar a los hijos. Hay que tener creatividad a fin de mejorar la educación de los jóvenes y garantizarles una formación adecuada.

Me limito a mencionar algunos de los deberes que se imponen para edificar una sociedad verdaderamente humana. Sé que muchos cristianos trabajan con desinterés en este terreno y que asumen importantes responsabilidades. ¡Ojalá que impulsen a sus compatriotas hacia una convivencia abierta! La doctrina social de la Iglesia los invita a servir a sus hermanos y hermanas por amor a Cristo y al hombre.

6. Queridos hermanos, al mencionar estos aspectos de vuestra presencia en la sociedad de vuestro país, quería ante todo alentaros en el ejercicio de vuestra responsabilidad de guías de la comunidad de los creyentes y de vigilantes en la comunidad humana. Para ser dignos de fe, los discípulos de Cristo meditan, en la oración, la Palabra que han recibido de él, y permiten que el Espíritu del Señor oriente en la verdad su pensamiento, su acción y su vida.

Pido al Señor, junto con vosotros, por las diócesis que os han sido confiadas e imploro la intercesión de los santos de vuestra tierra. De todo corazón os imparto mi bendición apostólica a vosotros y a todos los que forman parte de vuestras comunidades.

A LOS REPRESENTANTES DEL SINODO DIOCESANO EN DAKAR

TESTIGOS Y MISIONEROS

Queridos hermanos y hermanas:

1. ¡Me alegra mucho encontraros en medio de vosotros! ¡Cuánta

emoción me causa comenzar mi visita pastoral con este encuentro con los miembros del sínodo diocesano de Dakar y los representantes de toda la

Iglesia en Senegal!

Os agradezco de todo corazón vuestra cordial acogida. Gracias, querido amigo cardenal Hyacinthe Thiandoum, por haber evocado el bello recuerdo de nuestra comunión durante el Año mariano, cuando esta catedral, Nuestra Señora de las Victorias, fue hermanada con la basílica romana de Santa María la Mayor. Gracias también por haber traído a la memoria la figura del beato Daniel Brottier, fundador de este santuario, que recuerda tantas vidas entregadas por África. Gracias por recibirme en vuestra comunidad diocesana, que conserva fielmente la memoria de los misioneros que vinieron para anunciar la Buena Nueva, sobre todo los padres del Espíritu Santo.

A través de sus obispos y sus representantes, saludo con afecto a toda la Iglesia de Cristo en Senegal y a sus numerosos amigos de otros países. Manifiesto mis sentimientos cordiales a los representantes de las demás comunidades eclesiales, que nos muestran su simpatía participando en este encuentro.

Un nuevo impulso

2. "Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos" (2 Tm 2, 8).

Miembros del *sinodo de la archidiócesis de Dakar*, os habéis reunido a fin de que vuestra Iglesia sea "signo de Jesucristo y testigo de su Evangelio en el Senegal de hoy". Me siento feliz por compartir con vosotros esta pausa de reflexión que es un sínodo, pausa de reflexión de las fuerzas vivas de vuestra Iglesia reunidas en torno a su pastor para dar las gracias por los dones recibidos, pausa que permite reanudar juntos el camino de Cristo.

Vuestra reflexión versa sobre los aspectos esenciales de la vida pastoral,

a fin de que la experiencia puesta en común sea el punto de partida de un *nuevo impulso* en vuestras responsabilidades. Con razón os sentís orgullosos de la vitalidad fecunda de vuestras comunidades, y ahora tenéis la valentía de trazar caminos aún más exigentes para responder a la llamada de Cristo y para que otros hermanos y hermanas "alcancen la salvación que está en Cristo Jesús" (2 Tm 2, 10).

Vuestras *nueve comisiones* estudian con asiduidad numerosos temas para proponer proyectos a vuestro arzobispo. Me congratulo con vosotros por esta responsabilidad activa, así como por la colaboración entre sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Quisiera alentarlos en los diversos caminos a lo largo de los cuales avanzáis, pero sólo me limitaré a algunos puntos.

Liturgia y catequesis

3. En la vida eclesial dad prioridad a la *liturgia*. En la misa el Señor reúne, alimenta y confirma a su Iglesia mediante los dones de su palabra y de su cuerpo. En la misa revivimos el sacrificio supremo del Salvador del mundo que, de su costado abierto, derramó el agua y la sangre del bautismo y de la Eucaristía. Mediante la acción del sacerdote y mediante signos eficaces, Cristo está realmente presente en la celebración eucarística, que reúne a los miembros de su cuerpo místico. Nos instruye, acoge nuestros pobres dones y nos colma con su gracia.

Esto demuestra que es necesario obrar de manera que la comunidad reunida para celebrar al Señor pueda vivir plenamente su encuentro y recibir con fervor los sacramentos. Con plena fidelidad a las reglas litúrgicas de la Iglesia, tratad de *expresar dignamente la intercesión, la alaban-*

za, la acción de gracias y la súplica, con sus cualidades de expresión que son naturales a los africanos. Los responsables de la acción litúrgica, del servicio del altar, de la lectura de la Palabra y de los cantos se han de formar para comprender el significado de su acción y realizarla, con una adhesión sincera a los misterios celebrados.

Los fieles tienen necesidad de una preparación seria para poder vivir intensamente su experiencia de los sacramentos y de la liturgia. Desde la infancia, la *catequesis* asegura esta iniciación. Al hacer esta observación, añado simplemente que el papel de vuestra comisión sinodal para la catequesis me parece muy importante, puesto que la transmisión de la fe y de una concepción de la vida sana es una función primaria de la comunidad. La familia y la Iglesia deben unirse a fin de que los jóvenes y los mayores sepan dar razón de su esperanza (cf. 1 P 3, 15). Debéis realizar una buena organización para la catequesis y un examen atento del contenido y de los métodos.

Diálogo e inculturación

4. En el momento en que los miembros de la *samblea litúrgica* se separan, enriquecidos y fortalecidos con la escucha de la Palabra y con la comunión del Cuerpo de Cristo, están llamados a *llevar la Buena Nueva* a los demás. La hemos recibido de testigos venidos del exterior; también nosotros debemos convertirnos en testigos y continuar la misión de evangelización confiada por el Señor a toda su Iglesia. Hemos escuchado el llamamiento del Apóstol: "Acuérdate de Jesucristo". Acuérdate de aquel que nos ha prometido permanecer con nosotros hasta el fin del mundo, de Jesucristo el testigo fiel (cf. Mr 28, 20; 2 Tm

2, 13). Como escribí en la encíclica *Redemptoris missio*: "Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos" (n. 3). Iglesia de Dakar, reunida en sínodo, ¡sé fiel a tu misión de evangelización!

Vuestra reflexión os permitirá recordar que la primera exigencia que tienen los testigos es la de ser dignos de fe, siendo fieles a la Palabra que han recibido, por el modo en que ponen en práctica las exigencias del Evangelio.

Al mismo tiempo que lleváis el anuncio, promovéis el *diálogo* con vuestros compatriotas de las demás religiones. Para ayudar a poner en práctica el necesario discernimiento en este campo, la Santa Sede dio a conocer recientemente algunas directivas, que os pido que estudiéis y apliquéis. Son puntos de referencia útiles para una Iglesia minoritaria como la vuestra, preocupada por establecer una relación clara con todos los que viven en el mismo territorio.

Por otra parte, procurad profundizar vuestro modo de transmitir vuestra fe, a fin de que el mensaje evangélico sea comprendido en vuestra cultura. La *inculturación* es un trabajo paciente, que requiere mucho discernimiento. La Iglesia, a lo largo de los siglos y en todos los continentes, acoge la persona de Cristo que, mediante su encarnación, es presencia total y definitiva de Dios en la humanidad. Dios, cercano a todo hombre ha podido ser reconocido y celebrado en el seno de las diversas culturas. Como dijo Pablo VI, es necesaria una larga "incubación del misterio cristiano en vuestro pueblo" (*Kampala*, 31 de julio de 1969). Son numerosas las generaciones de cristianos que han asimilado el Evangelio. Gracias a dicha asimila-

ción, os encamináis hacia nuevas etapas, para "manifestar progresivamente [vuestra] propia experiencia cristiana en manera y forma originales, conformes con [vuestras] propias tradiciones culturales, con tal de que estén siempre en sintonía con las exigencias objetivas de la misma fe" (*Redemptoris missio*, 53).

Os animo vivamente en esta tarea, y quiero recordar de nuevo los conceptos de la encíclica sobre la misión que acabo de citar. "Gracias a esta acción en las Iglesias locales, la misma Iglesia universal se enriquece con expresiones y valores en los diferentes sectores de la vida cristiana" (n. 52).

El papel de los laicos

5. El conjunto de los temas que vuestro sínodo diocesano está estudiando supone la valorización de la colaboración de los sacerdotes y de los demás fieles. Constituye la ocasión para definir el papel de los laicos bajo diferentes aspectos. Estos tienen naturalmente su lugar en los numerosos sectores de la vida interna de la Iglesia, con sus responsabilidades propias, distintas de las de los ministerios ordenados: desde las funciones litúrgicas, que están llamados a garantizar, hasta las ocupaciones materiales más autónomas que deseéis realizar. Desde luego, los laicos competentes son a menudo catequistas admirables, educadores cristianos a los que se hace caso o animadores de la comunidad muy estimados. Todo bautizado está llamado a participar en la misión de evangelizar en el entorno inmediato y en los ambientes cuya cultura comparte.

Quisiera agregar a este propósito que, al hablar de los laicos, pienso en los hombres y también en las mujeres, como lo demuestra la comisión de vuestra asamblea. Sabéis que hace

algunos años publiqué una carta apostólica sobre la dignidad y la vocación de la mujer. Aprecio vuestras iniciativas para que se conceda a la mujer africana el lugar que le corresponde naturalmente, sobre todo en la familia, pero también en la Iglesia y en la sociedad.

Tal como subrayó el concilio Vaticano II, la misión de los laicos se ejerce espontáneamente en el mundo, en los diversos ámbitos de la sociedad. A ellos, a través de su testimonio explícito y de su rectitud de vida, les corresponde ser los "fieles" del Evangelio y de los valores cristianos que ayudan a hacer que el mundo se asemeje más al designio de Dios.

En este sentido se comprende todo el conjunto de iniciativas agrupadas con el nombre de "pastoral social", como la guardería que debo visitar. Pienso sobre todo en los servicios sanitarios, en la protección de las personas más pobres o también en la educación y en la formación de los jóvenes. Animo a todos los que se entregan a esta labor dando lo mejor de sí mismos, porque toman en serio la preferencia que el Señor ha mostrado hacia los más pequeños.

Quisiera mencionar, además, otro campo de acción donde los laicos tienen un papel privilegiado, es decir los medios de comunicación social. Conocéis bien la influencia de los medios de información y de entretenimiento. Trabajad mucho en este campo. En un país de múltiples creencias religiosas, se impone el respeto a las convicciones de todos; ese respeto permite a los cristianos hacer oír su voz y manifestar su preocupación por una sana concepción de la vida y una presentación justa de los valores que defienden.

Familia y educación

6. Una de vuestras comisiones se

denomina "Familia y educación". Tengo la intención de volver a hablar de este tema durante este mismo viaje, pero quiero subrayar aquí cuán necesario es respetar las familias, ayudarlas a que sigan siendo hogares unidos en el amor a la vida y células activas en la Iglesia. Las familias son como fuentes de las que brota el agua: juntas forman un hermoso río fecundo que avanza sin detenerse por los escollos de la división. ¡Ojalá que nunca dejen de saciar su sed con el agua viva prometida por Cristo!

Sacerdotes y religiosos

7. En el campo del Señor que está en Dakar y Senegal, queda mucho por hacer. Se necesitan muchos obreros apostólicos. Todos unidos, sed los portavoces de la llamada de Cristo a trabajar en su campo. Sostened la generosidad de los jóvenes que acogen esta llamada. Sin el don de su persona, la Iglesia-familia perdería su vitalidad. Dad gracias por los hijos de vuestro pueblo que garantizan el ministerio sacerdotal, por los hombres y mujeres que se consagran a la oración en la vida contemplativa, por los religiosos y las religiosas, que son los artífices insustituibles de la evangelización en la caridad, y por los laicos que animan numerosas comunidades, servicios y movimientos. Rezad por ellos, rezad para que ellos sean cada vez más numerosos.

El Sínodo para África

8. Después del concilio Vaticano II, muchas diócesis han celebrado su sínodo. Las situaciones son diferentes, pero la finalidad es la misma: los

miembros de una Iglesia particular se unen para cumplir mejor su misión, en comunión intensa con la Iglesia universal. Os repito lo que dije en otra ocasión: "Esta comunión es a la vez obediencia, intercambio, participación y solidaridad. La Iglesia universal inspira y sostiene vuestra acción, y vosotros por vuestra parte la beneficiáis con vuestro testimonio, vuestra vitalidad y vuestra ayuda mutua. Vuestra reflexión sinodal debe comprometeros a vivir al ritmo de los grandes proyectos misioneros de otras comunidades cristianas en el mundo... Un sínodo es un relanzamiento misionero" (Nancy, 10 de octubre de 1988, n. 11; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de noviembre de 1988, pág. 16).

Me complace subrayar a este propósito que la asamblea especial para África del Sínodo de los obispos será un momento esencial de solidaridad entre las Iglesias particulares de todo el continente. He sabido con satisfacción que ya habéis aportado una contribución importante para su preparación.

Querido cardenal Thiandoum, que festeja sus treinta años de episcopado: queridos hermanos y hermanas, confío al Señor junto con vosotros el camino de vuestro sínodo. Le encomendamos juntos el futuro de la Iglesia en Dakar y Senegal, en acción de gracias y en alabanza, tal como habéis cantado:

"¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que trae la buena nueva, que anuncia la paz!" (cf. Is 52, 7).

¡Que Dios os conceda un fervor gozoso y un ardor apostólico inagotable! ¡Y que os colme con sus bendiciones!

AL PRIMER CONGRESO MUNDIAL DE LA PASTORAL DE LOS SANTUARIOS Y PEREGRINACIONES, 29 DE FEBRERO

EN LOS SANTUARIOS LOS PEREGRINOS PUEDEN ENCONTRAR UN SENTIDO PARA SU VIDA Y ROBUSTECER SU FE

El Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes organizó en Roma del 26 al 29 de febrero el primer congreso mundial de la pastoral de los santuarios y peregrinaciones.

El día 28 Juan Pablo II recibió a los congresistas y les dirigió en francés el discurso que ofrecemos a continuación, traducido al castellano.

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos amigos, rectores de santuarios y directores de peregrinaciones:

1. Después de los encuentros celebrados durante mis viajes apostólicos, como en estos días en Africa, en los santuarios en que prestáis vuestro servicio, hoy tengo la alegría de acogeros ante la Confesión de San Pedro para el primer congreso mundial de la pastoral de los santuarios y peregrinaciones, organizado por el Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes. Habéis escogido como tema: *"Camina hacia el esplendor, el Señor camina contigo"*. Así recordáis que todo peregrino, a imagen de los hombres de la Biblia, va en busca de Dios, que nos convoca a su presencia para hacernos "partícipes de la naturaleza divina" (2 P 1, 4).

Vosotros representáis los santuarios del mundo católico, los más famosos y los más modestos, los más venerables y los que han sido fundados más recientemente, los que se hallan en los mismos lugares en que vivió el Señor Jesús y los que honran a la Madre de Dios y a los santos de nuestra historia. ¡Qué alegría sacerdotal se siente al ver confiada a vosotros la misión de ser los guardianes de los santuarios! Así sois testigos privilegiados de la completa disponibilidad de Dios, tal como se ha manifestado y se manifiesta aún en los lugares que se os han confiado.

Desde hace mucho tiempo, en vuestras respectivas organizaciones, habéis reflexionado en las exigencias del servicio que se os ha pedido. El intercambio que permite un encuentro al nivel de la Iglesia universal confiere hoy su dimensión plena a vuestra acción misionera.

La religiosidad popular

2. En un santuario todos pueden descubrir que son igualmente amados, igualmente esperados, comenzando por las personas probadas por la vida, los pobres y los que se hallan alejados de la Iglesia. Todos pueden descubrir su gran dignidad de hijos de Dios, aunque la hubieran olvidado. "Yo te bendigo, Padre, Señor

del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños" (Mt 11, 25). Los "pequeños" no se equivocan cuando vienen, cada vez en mayor número, a buscar un sentido para su vida, y a robustecer su fe, a renovar su caridad y a fortalecer su esperanza. Dios habla de modo sencillo a los sencillos, por la gracia de los santos que han vivido las bienaventuranzas de pobreza, misericordia, justicia y paz.

3. A veces se ha puesto en duda lo que se suele llamar la "religiosidad popular", que con acierto habéis escogido como tema de vuestro primer congreso mundial. "La religiosidad popular —recordaba Pablo VI— tiene ciertamente sus límites... Pero... refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer... Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción" (*Evangelii nuntiandi*, 48; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de diciembre de 1975, pág. 8). Ante esta piedad popular, religión del gesto y de la emoción más que de carácter racional, es preciso adoptar una actitud de discernimiento juicioso y, al mismo tiempo, iluminarla con respeto, para que los pobres sean evangelizados. Muchos santos nos han mostrado que la vida sensible permite alcanzar las profundidades del misterio divino si, con la ayuda de la gracia, es purificada por un esfuerzo de la voluntad y de la inteligencia.

Una experiencia de fe

4. Estáis atentos a los "tiempos y a los ritmos de toda peregrinación: la partida, la llegada, la "visita" al santuario y el regreso. Los peregrinos confían a vuestra solicitud pastoral muchos momentos de su itinerario. Tenéis la misión de guiarlos a lo esencial: Jesucristo Salvador, término de todo camino y fuente de toda santidad. Por él, con él y en él tenemos acceso al Padre. A vosotros toca anunciar, "a tiempo y a destiempo", el núcleo y el centro de la Buena Nueva de la salvación, "ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por él, de verlo, de entregarse a él" (*Evangelii nuntiandi*, 9). Así, transformados por el encuentro con la divina Trinidad de amor, a través de la predicación, la celebración de los sacramentos y la experiencia de la vida eclesial, los peregrinos se convierten a su vez en heraldos de la Buena Nueva.

5. "La Iglesia... no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas" (*Lumen gentium*, 48). Si los santuarios de la tierra son imágenes de la Jerusalén celeste, la peregrinación es imagen de nuestra vida humana. Ante un mundo que cree que puede elaborar una esperanza a partir de sus certezas científicas, la peregrinación nos recuerda concretamente que "no tenemos aquí ciudad permanente" (Hb 13, 14) y que ya formamos parte, con la esperanza, del reino futuro. Mediante la divina humanidad de Cristo, y sólo mediante ella, el hombre participa "en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana", como decimos en el ofertorio de la misa.

La peregrinación es una experiencia fundamental y fundadora de la condi-

ción del creyente "homo viator", hombre en camino hacia la fuente de todo bien y hacia su realización plena. Al poner en camino todo su ser, su cuerpo, su corazón y su inteligencia, el hombre se descubre "buscador de Dios y peregrino de lo eterno". Se desarraiga de sí mismo para arraigarse en Dios. Se libra de las falsas certezas, vuelve a su condición natural de hijo pródigo, llamado al perdón por la ternura del Padre que lo espera. Estas cosas sencillas se aprenden en la experiencia del camino, mejor que en los libros.

6. En los trabajos preparatorios de este congreso habéis subrayado que poblaciones itinerantes, herederas de una tradición de reuniones en sus santuarios, se encuentran trasplantadas en otros continentes en Iglesias locales que no conocen —o conocen poco— esta forma de piedad. Con todo, para estos cristianos desarraigados, las peregrinaciones son *ocasiones de encuentro en la fe*. Sus comunidades se refuerzan expresando su identidad cultural y espiritual. Os exhorto encarecidamente a velar porque estos pueblos puedan manifestar, en su lengua, la piedad y el amor de Dios, que llevan en su alma. Las comunidades cristianas locales que los acogen y sus pastores, se honran respondiendo a lo que esperan legítimamente cuantos, tras haber perdido sus raíces geográficas, desean mantener sus propias raíces espirituales.

Sed de Dios

7. *Despertar en el corazón del visitante sencillo la conciencia de ser peregrino* es, a veces, una misión delicada. A vosotros corresponde guiar a ese visitante hacia el único Salvador y hacer que germine en él el Evangelio. Tenéis necesidad de la paciencia de Dios y del ejemplo de los santos. Imitad siempre a Bernardette Soubirous, la vidente de Lourdes, que decía: "No tengo el encargo de hacer que lo creáis; sólo tengo el encargo de decíroslo". De la misma forma, "no podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hch 4, 20); Cristo es el camino de la salvación, es la salvación. Tenéis la tarea, bajo la guía de vuestros obispos, de hacer que cada uno escuche este mensaje en su lengua.

Todo peregrino, al término del camino en que su corazón ardiente aspira a ver el rostro de Dios, está llamado a *reconocer al Salvador en el perdón recibido y en el pan compartido*. La celebración de la penitencia y del sacramento de la Eucaristía, culmen de la vida cristiana, se convierte en el punto de partida de un envío en misión: volver a la vida ordinaria para ser testigos de Cristo resucitado.

8. Para concluir este encuentro, volvamos la mirada al evangelio de Juan y al admirable encuentro entre Jesús y la samaritana, junto al pozo de Jacob. Una mujer va a sacar agua. Está desorientada por las vicisitudes de su vida. Y Jesús le ofrece el agua que da la vida. La mujer le advierte: "Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva?" (Jn 4, 11). Así, también vosotros os encontraréis a menudo ante multitudes descarriadas. Acordaos de Jesús: sólo él es agua viva. Nosotros no somos más que los guardianes del pozo, encargados de facilitar su acceso y de dejar que manee, clara y refrescante, la "fuente de agua que brota para vida eterna" (Jn 4, 14).

Encomiendo vuestras personas y vuestro ministerio a la protección de María, medianera de las gracias divinas, consoladora de los afligidos, estrella del mar, auxilio de los cristianos, refugio de los pecadores, madre de los peregrinos que van

de esta tierra al reino eterno. De todo corazón imparto mi bendición apostólica a vosotros y a todos cuantos colaboran en la pastoral de los santuarios y de las peregrinaciones.

A UN GRUPO DE JURISTAS,
SABADO 9 DE MAYO

NADIE PUEDE VIOLAR LOS DERECHOS DE LA PERSONA HUMANA

Con ocasión de la "Jornada mundial de la Ley", el Santo Padre recibió en la sala del Consistorio, la mañana del sábado 9 de mayo a cien miembros de la Asociación mundial de juristas del Centro "paz en el mundo mediante el derecho", organismo que desde hace 35 años se dedica a instaurar la paz internacional a través del desarrollo de estructuras, capaces de proteger los derechos y resolver los conflictos basándose en la función de la ley. Juan Pablo II les dirigió en inglés el discurso que ofrecemos traducido al castellano.

Señoras y señores:

1. Me complace dar la bienvenida al Vaticano a la Asociación mundial de juristas del Centro "paz en el mundo mediante el derecho" con ocasión de la Jornada mundial de la ley. Desde hace treinta y cinco años vuestra asociación viene empeñándose en la instauración de la paz mundial a través del desarrollo de estructuras capaces de proteger los derechos y de resolver los conflictos basándose en la función de la ley. Os aseguro el gran interés de la Iglesia en vuestra obra y su estima por vuestros esfuerzos encaminados a promover la causa de la justicia en la vida internacional. La Santa Sede ha acompañado vuestros esfuerzos de un modo concreto mediante una representación en vuestras asambleas, y espera que en el futuro sea posible promover una colaboración más fructuosa.

En nuestro tiempo la familia humana ha adquirido una mayor conciencia de su interdependencia y ha testimoniado el nacimiento providencial de un sentido de la solidaridad más profundo entre los pueblos y una mayor preocupación por el bienestar de todos los pueblos y de todas las personas (cf. *Sollicitudo rei socialis*, 38). Organizaciones como la vuestra reflejan esa conciencia creciente de un imperativo moral de la solidaridad y desempeñan un papel importante al traducirlo en una acción efectiva.

Las exigencias de la verdad

2. Dado que la paz, como afirma la Sagrada Escritura, es siempre obra de la justicia (cf. Is 32, 17), los esfuerzos por lograr una paz duradera en el mundo deben estar ligados estrechamente a la defensa paciente y persistente de los derechos humanos fundamentales. Uno de los objetivos primarios de la ley es el de asegurar que cada persona reciba lo debido en todos los niveles de la vida social. El reconocimiento de que *la persona humana es por su naturaleza sujeto de ciertos derechos que ningún hombre, grupo o Estado puedan violar* constituye un logro jurídico significativo y debe ser considerado como un principio esencial de la ley internacional. Frente a los esfuerzos por negar o modificar esa verdad, espero que vuestra asociación trabaje para desarrollar argumentos cada vez más sólidos y convincentes en defensa de la existencia de esos derechos inviolables, para sostenerlos dondequiera que estén amenazados, y para recomendar encarecidamente la creación de instancias más efectivas que se encarguen de defenderlos.

3. Como escribí en mi encíclica *Centesimus annus*, "si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres" (n. 44). Vuestros esfuerzos por establecer principios seguros para la paz mundial a través de la ley os tienen que convencer de *la necesidad de respetar las exigencias de la verdad, especialmente de la verdad acerca del hombre mismo, en el funcionamiento de todo sistema legal*. En efecto, como dije a vuestra asociación en otra ocasión, "la historia del derecho muestra cómo la ley va perdiendo su estabilidad y su autoridad moral... siempre que deja de buscar la verdad sobre el hombre" (24 de septiembre de 1979). Las consecuencias trágicas de negar la verdad han sido muy patentes en nuestro tiempo, sobre todo en los regímenes que han intentado suprimirla sistemáticamente, pretendiendo privar al pueblo de sus derechos inalienables en nombre de una justicia mayor, o mostrando su disponibilidad a sacrificar los derechos de las personas en aras de los derechos del Estado y de sus programas. Sin embargo, tales consecuencias perduran todavía hoy en un peligroso *relativismo moral*, que lleva a algunos a ver simplemente el bien común de la sociedad como la suma de los intereses particulares y a considerar profundamente los problemas éticos en términos partidistas que pueden resolverse a través de llamamientos a la opinión pública o ventajas electorales.

Libertad de religión

4. El papel de la religión en la formación de las conciencias sobre la naturaleza espiritual y trascendente de la vida humana no puede ser ignorado o subestimado. De hecho, en toda consideración acerca de los derechos humanos fundamentales *hay que conceder siempre un lugar primario a la libertad de religión* que es, en cierto sentido, su "fuente y síntesis" (*Centesimus annus*, 47), ya que comprende el derecho de cada persona a buscar la verdad de acuerdo con su conciencia y a vivir conforme a esa verdad, en espíritu de respeto y tolerancia para con los demás. Por una parte, este momento de la historia se caracteriza por la liberación de muchos pueblos de la opresión y, por otra, por un resurgimiento doloroso de viejas hostilidades entre ciertos grupos étnicos y religiosos. Urge fortalecer, en un orden legal internacionalmente reconocido, los medios jurídicos con vistas a proteger los

derechos de las personas y los grupos, incluido el derecho a la libertad de religión, y fomentar el respeto a la contribución significativa que los creyentes pueden dar a la construcción de una sociedad pacífica.

5. Queridos amigos, en vuestros esfuerzos por poner las bases de una organización jurídica más efectiva de la comunidad internacional, os invito una vez más a considerar la importancia de respetar y salvaguardar debidamente esa *verdad moral y espiritual necesaria para una defensa adecuada de la dignidad y la libertad de las personas, los pueblos y las naciones*. Pido al Señor que los esfuerzos de vuestra asociación sigan promoviendo el crecimiento de una cultura jurídica digna de la humanidad. Espero fervientemente que contribuya al establecimiento de esa "civilización del amor" en la que cada ser humano pueda gozar del respeto, la libertad y la paz necesarios para responder a su elevada vocación. Invoco cordialmente abundantes bendiciones de Dios todopoderoso sobre vosotros.

DURANTE LA CLAUSURA DEL CONGRESO CONMEMORATIVO DEL CONCILIO PLENARIO DE CAPUA, DOMINGO 24 DE MAYO

LA VIRGINIDAD DE MARÍA

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres relatores y participantes en el congreso internacional; amadísimos hermanos y hermanas:

1. A todos dirijo un saludo deferente y cordial. Agradezco al querido arzobispo monseñor Luigi Diligenza, las amables palabras con que, interpretando los sentimientos comunes, ha introducido este encuentro que concluye el congreso internacional de estudios con ocasión del XVI centenario del concilio de Capua.

Expreso con gusto mi estima y mi agrado a los miembros del comité organizador y a los estudiosos que con

sus contribuciones han animado y enriquecido el simposio, desarrollando el tema propuesto bajo diversos e interesantes aspectos. Espero que también esta iniciativa sirva para promover en el pueblo cristiano la devoción a María Santísima, cuya virginidad perpetua fue reafirmada y defendida en dicho concilio.

Un concilio importante

2. Era el año 392. En Roma, ocupaba la cátedra de Pedro el Papa Siricio. En Capua se celebró un importante concilio, que las fuentes históricas califican como *plenarium* (cf. I.D. Mansi, *Sacrorum Conciliorum nova et*

amplissima Collectio, III. Canones Conciliorum Ecclesiae Africanae, can. 48, col. 738) por la participación de los obispos procedentes de varias regiones de Occidente y por la gravedad de las cuestiones que debió afrontar, entre ellas la solución del cisma de Antioquía y el examen de la doctrina de Bonoso, que *negaba la virginidad perpetua de la santa Madre del Señor*. Sabemos que el Papa Siricio siguió con atención vigilante los trabajos del concilio y que san Ambrosio de Milán dejó en ellos la huella de su personalidad fuerte y prudente (Ep. 71. De Bonoso episcopo: CSEL 82, 3, pp. 7-10).

El tema que se afrontó en ese concilio nos ofrece la oportunidad de reflexionar juntos en algunas condiciones previas, que resultan indispensables para que el teólogo pueda profundizar, con la razón iluminada por la fe, en el hecho y el significado de la virginidad de la humilde y gloriosa Madre de Cristo.

A la luz de la Encarnación

3. Para una fecunda reflexión teológica sobre la virginidad de María resulta indispensable, ante todo, tomar un punto de partida correcto. En efecto, en la complejidad de sus aspectos, la cuestión de la virginidad de María no puede tratarse de forma adecuada partiendo sólo de su persona, de la cultura de su pueblo y de los condicionamientos sociales de su época. Ya los Padres de la Iglesia comprendieron con claridad que la virginidad de María, antes de constituir una "cuestión mariológica" es un "tema cristológico". Observaron que la virginidad de la Madre es una exigencia que deriva de la naturaleza divina del Hijo; es la condición concreta en que, según un libre y sabio designio divino, se realizó la encarnación del Hijo eterno, de

aquel que es "Dios de Dios" (Conc. Ecum. Constantinop. I, *Expositio fidei CL Patrum seu Symbolum Nicenum-Constantinopolitanum*), el solo santo, el solo Señor, el solo Altísimo (cf. *Missale Romanum*, Hymnus "Gloria in excelsis Deo"). Y, en consecuencia, para la tradición cristiana, el seno virginal de María, fecundado por el *Pneuma* divino sin intervención de hombre (cf. Lc 1, 34-35), se convirtió, como el madero de la cruz (cf. Mc 15, 39) o las vendas de la sepultura (cf. Jn 20, 5-8), en motivo y signo para reconocer en Jesús de Nazaret al Hijo de Dios.

La reflexión sobre la maternidad virginal de María ha permitido a todas las generaciones cristianas dar una respuesta plena a la pregunta que recorre de una punta a otra los evangelios: "¿Quién es Jesús?"; o sea, ha permitido responder: es verdadero Hijo de Dios, verdadero Hijo del hombre, nacido del Padre "antes del tiempo" y nacido de mujer (cf. Ga 4, 4) "en el tiempo".

Por tanto, sólo partiendo de la luz que proviene del Verbo, preexistente y eterno, manantial de vida y de incorruptibilidad, se puede comprender la exigencia y el don de la virginidad de la Madre.

Con profundo sentido de veneración

4. El teólogo debe acercarse al misterio de la virginidad fecunda de María con un profundo sentido de veneración con respecto al actuar libre, santo y soberano de Dios. Recorriendo las páginas de los santos Padres y los textos litúrgicos, se observa que pocos misterios salvíficos han suscitado tanto estupor, admiración y alabanza como la encarnación del Verbo de Dios en el seno virginal de María. Los Padres, conscientes de la unidad pro-

funda entre las dos fases de la única revelación, no dudaron en aplicar a María, madre virgen del Emmanuel (cf. Is 7, 14; Mt 1, 23), los más venerables símbolos del Antiguo Testamento —la zarza ardiente, el arca de la alianza, el tabernáculo de la gloria, el templo del Señor— y declararon su incapacidad de celebrar dignamente el misterio: "Sancta et immaculata Virginitas, quibus te laudibus efferam, nescio: quia quem caeli capere non poterant, tuo gremio contulisti" (*Liturgia Horarum*, Die 1 ian. Soll. sancta Dei Genetricis Mariae Off. lect., 2 resp.).

Pero el teólogo que se acerca al misterio de la virginidad de María con espíritu rebosante de fe, de respeto y de adoración, no renuncia por ello a la tarea de profundizar los datos de la revelación y de descubrir su armonía y su relación recíproca: es más, siguiendo al Espíritu, único que "todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios" (1 Co 2, 10), se coloca en la grande y fecunda tradición teológica de la "fides quaerens intellectum".

Cuando la reflexión teológica se convierte en momento doxológico y latréutico, el misterio de la virginidad de María se abre dejando entrever otros aspectos y otras profundidades.

5. Por ejemplo, en la reflexión llena de adoración acerca del misterio de la encarnación del Verbo, se ha descubierto una relación especialmente importante entre el inicio y el fin de la vida terrena de Cristo, esto es, entre la concepción virginal y la resurrección de los muertos, dos verdades, que se relacionan estrechamente con la fe en la divinidad de Jesús.

Ambas pertenecen al depósito de la fe, han sido profesadas por toda la Iglesia y enunciadas expresamente en

los Símbolos de la fe. La historia demuestra que las dudas o incertidumbres sobre una de ellas repercuten inevitablemente en la otra; y, al contrario, la humilde y fuerte adhesión a una de ellas, favorece la aceptación cordial de la otra.

Se sabe que algunos Padres de la Iglesia establecen un significativo paralelismo entre la generación de Cristo *ex intacta virgine* y su resurrección *ex intacto sepulcro* (cf. san Efrén, *Commentarium in Diatesseron* 21, 21; CSCO 145, 232; san Isidoro Pelusiota, *Epist.* 1, 404, PG 78, 408; san Proclo de Constantinopla, *Homilia* 33. In s. *Apostolum Thomam*, VII, 19-20: "Estudios y Textos" 247, p. 241; san Pedro Crisólogo, *Sermo* 84, 3: CCL 24A, p. 518; san Cesáreo de Arlés, *Sermo* 203, 2; CCL 104, p. 818). En el paralelismo, con respecto a la generación de Cristo, algunos Padres insisten en la concepción virginal, otros en el nacimiento virginal, y otros en la subsiguiente virginidad perpetua de la Madre, pero todos testimonian su convicción de que entre los dos acontecimientos salvíficos —la generación-nacimiento de Cristo y su resurrección de entre los muertos— existe un nexo intrínseco que responde a un designio preciso de Dios: un nexo que la Iglesia, guiada por el Espíritu, ha descubierto, no creado.

Entre los textos patrísticos que ponen en relación estrecha el nacimiento y la resurrección, me limitaré a recordar sólo dos: el primero, por su antigüedad y autoridad; el segundo, por la extraordinaria lucidez con que relaciona ambos eventos y ve en ellos una prueba de la divinidad de Cristo.

El primero es de san Ireneo: "David eam quae est ex Virgine generationem et eam quae est ex mortuis resurrectionem prophetans ait: 'Veritas de terra orta est'" (*Adversus hae-*

reses, III, 5, 1: SCH 211, pp. 52-54).

El segundo, de san Pedro Crisólogo: "Venit Maria ad monumentum, venit ad resurrectionis uterum, venit ad vitae partum, ut iterum Christus ex sepulcro nasceretur fidei, qui carnis fuerat generatus ex ventre; et eum quem *clausa virginitas* vitam pertulerat ad praesentem clausum sepulcrum ad vitam redderet sempiternam. *Divinitatis insigne est clausam virginem reliquisse post partum; de sepulcro clauso exisse cum corpore, est divinitatis insigne*" (Sermo 75, 3: CCL 24A, p. 460).

A este respecto, es preciso observar que algunos estudiosos, analizando el texto sagrado con los métodos propios de la exégesis científica, descubren una relación, insita en el mismo texto evangélico, entre "los pañales del pesebre" (cf. Lc 2, 7, 12) y "las vendas del sepulcro" (cf. Lc 23, 53; 24, 12; Jn 19, 40; 20, 5-7). Ya lo habían hecho notar los santos Padres (San Efrén, *De nativitate* XXIII, 12: CSCO 187, p. 109; san Gregorio Nacianceno, *Oratio* 29 [= *Oratio theologica* III], 19: SCH 250, p. 218; san Máximo de Turín, *Sermo* 39: CCL 23, p. 152). Por lo demás, la Iglesia, en su meditación teológica sobre el misterio de Cristo, ha recorrido a menudo, llena de amor, el camino que del jardín del Calvario (cf. Jn 19, 41; 20, 15) conduce al pesebre de Belén (cf. Lc 2, 7-20); y en la liturgia siempre ha celebrado la Navidad mirando hacia la Pascua, de la misma manera que, al celebrar la Pascua, recuerda la Navidad, y reconoce en María un testigo excepcional de la identidad entre el Niño nacido de su carne virginal y el Crucificado renacido del sepulcro sellado: "Agnoscit Mater membra quae genuit" (*Misale Hispano-Mozarabicum*, Sabbato Paschae ante octavas. *Illatio*: Toledo, Conferencia episcopal

española, Arzobispado de Toledo, 1991, p. 466).

Hecho y significado

6. También es necesario que el teólogo, al proponer la doctrina de la Iglesia sobre la virginidad de María, mantenga el *equilibrio indispensable* entre la afirmación del hecho y la explicación de su *significado*. Ambos son parte integrante del misterio: el significado o valor simbólico del evento, tiene su fundamento en la realidad del hecho, y éste, a su vez, muestra toda su riqueza sólo si se explican sus significados simbólicos.

En la confesión de fe en la virginidad de la Madre de Dios, la Iglesia proclama como hechos reales que María de Nazaret:

—concibió verdaderamente a Jesús por obra del Espíritu Santo, sin intervención de hombre;

—dio a luz verdaderamente y de forma virginal a su Hijo, por el cual después del parto permaneció virgen; virgen —según los santos Padres y los concilios que tratan expresamente la cuestión (cf. Conc. Roman, Lateran., can. 3: I.D. Mansi, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima Collectio*, X, col. 1151; Conc. Tolet. XVI, *Symbolum*, art. 22)— también por lo que atañe a la integridad de la carne;

—vivió, después del nacimiento de Jesús, en virginidad total y perpetua; y, junto con san José, también él llamado a desempeñar un papel primario en los acontecimientos iniciales de nuestra salvación, se dedicó al servicio de la Persona y de la obra del Hijo (cf. Concilio ecuménico Vaticano II, constitución dogmática *Lumen gentium*, 56).

7. En nuestro tiempo la Iglesia ha sentido la necesidad de recordar la

realidad de la concepción virginal de Cristo, destacando que las páginas de Lucas 1, 26-38 y de Mateo 1, 18-25, no pueden reducirse a simples narraciones etiológicas para facilitar la fe de los fieles en la divinidad de Cristo. Más bien, por encima del género literario adoptado por Mateo y por Lucas, son expresión de una tradición bíblica de origen apostólico.

Afirmar la realidad de la concepción virginal de Cristo no significa que, con referencia a ella, se pueda ofrecer una prueba apodíctica de tipo racional. En efecto, la concepción virginal de Cristo es una verdad revelada por Dios, que el hombre acoge en virtud de la obediencia de la fe (cf. Rm 16, 26). Sólo quien está dispuesto a creer que Dios actúa en la realidad intramundana y que "ninguna cosa es imposible" (Lc 1, 37) para él, puede aceptar con devota gratitud las verdades de la "kénosis" del Hijo eterno de Dios y de su concepción-nacimiento virginal, del valor salvífico universal de su muerte en cruz y de la resurrección verdadera, en su propio cuerpo, de aquel que fue colgado y murió en el madero de la cruz.

8. Pero la afirmación del hecho no agota la tarea del teólogo. Como he dicho, el teólogo debe descubrir, profundizar y explicar los valores simbólicos insitos en el acontecimiento salvífico. Es decir, debe exponer el manejo de modo orgánico y *descifrar la imagen que Dios ha comunicado de sí mismo a través de los hechos* de la concepción, del nacimiento virginal de Cristo y de la virginidad perpetua de María.

El teólogo, por ello, debe preguntarse:

—¿Qué comunica de sí mismo Dios —Padre, Hijo y Espíritu— a través de esos acontecimientos? En efec-

to, en el acontecimiento de la Encarnación redentora se manifiestan y actúan las tres Personas divinas: el Padre, que tanto amó al mundo que le dio a su Hijo único (cf. Jn 3, 16); el Hijo, que asume la naturaleza humana y se convierte en hermano nuestro; y el Espíritu, que cubre con su sombra el seno de la Virgen. En la página de san Lucas, Dios se revela transcendente y cercano, poderoso y misericordioso, Dios del amor preveniente y gratuito, fiel a la alianza y a las promesas hechas a David, Dios que se inclina hacia la miseria del hombre y siente predilección hacia los humildes y los pobres;

—¿qué iluminación deriva de esos acontecimientos para nuestro conocimiento de la Iglesia, tanto en la fase del Antiguo como en la del Nuevo Testamento? Porque, en el episodio de la Anunciación, María aparece como "cumbre de Israel" y prototipo del nuevo pueblo de Dios; porque ella anticipa en sí misma los rasgos esenciales —virgen, esposa y discípula— de la fisonomía espiritual de la Iglesia;

—¿qué luz arrojan los acontecimientos para la comprensión del hombre —varón y mujer— y de su destino de gracia y de gloria? Precisamente a través de esos acontecimientos el "Verbo, que regala la incorrupción" (San Ireneo, *Adversus haereses*, III, 19, 1: SCH 34, p. 330), entra en el mundo para que el hombre, divinizado, vuelva a entrar en la intimidad con Dios; y en estos acontecimientos María de Nazaret, en su situación concreta de "virgen desposada con un hombre" (Lc 1, 27), se encuentra en el centro de unos hechos que la comprometen totalmente, en el cuerpo y en el espíritu: en ella libertad y obediencia, humildad y exaltación, amor y servicio, fidelidad a Dios y solidaridad con el hombre. se

unen armónicamente en una dialéctica estúpida.

9. En la búsqueda del *sensu* escondido en el *hecho* se abre al teólogo un campo de trabajo vasto, fecundo y exaltante. Si, con método riguroso, con fidelidad a la palabra normativa, a la Tradición universal, a las directrices del Magisterio, y con atención a la experiencia litúrgica, analiza el acontecimiento salvífico de la concepción y del nacimiento de Cristo, así como la virginidad perpetua de María, llegará a encontrarse, por decir así, en contacto con toda la Escritura: con la página en que Dios plasma al hombre de "tierra virgen" (cf. Gn 2, 4-7); con los textos que narran las antiguas alianzas, las profecías mesiánicas, las promesas hechas a David, cuyos ecos se escuchan claramente en la alianza de la Encarnación; con la narración de las gestas de Abraham, cuya fe obediente revive, intensificada, en el *fiat* de María; con los relatos de la maternidad prodigiosa de algunas mujeres estériles —Sara, la mujer de Manóaj, Ana, Isabel— que fueron fecundas con el favor de Dios; con los pasajes que describen el nacimiento de los discípulos "de lo alto", "de agua y de Espíritu" (cf. Jn 3, 3-8), es decir, de acuerdo con el modelo del nacimiento de Jesús del seno de María por obra del Espíritu Santo; con el episodio de la maternidad pascual de María (cf. Jn 19, 25-27), producida también gracias a la fe en la palabra y en la que los Padres descubrieron asimismo una dimensión virginal: el Hijo, virgen, confía la Madre virgen al discípulo virgen (cf. san Jerónimo, *Ep* 127, 5; *CSEL* 56, pp. 149-150; san Sofronio, *In Iohanni Evangelium* 69-76; *PG* 78, 3, 3788); con la misma literatura intertestamentaria, en la que se siente, en páginas de intenso lirismo,

el ardiente deseo de Israel de llegar a ser la esposa pura y fiel, la comunidad escatológica en que no se escuchan nunca más la lamentación del dolor del parto ni los cantos fúnebres de la muerte.

Se trata sólo de algunos ejemplos, que muestran de qué forma expresiones como *Theotokos* o *Virgo Mater*, si se leen en profundidad y con atención a las múltiples voces convergentes, son como un resumen de la economía salvífica.

De modo íntegro y correcto

10. Es necesario, también, que el teólogo presente la virginidad de María de modo íntegro y correcto.

La integridad de la doctrina exige que se destaque, con el relieve debido, la *virginitas cordis* de María Santísima. Si, por sus valores simbólicos, es importante la *virginitas carnis*, mucho más lo es la *virginitas cordis* de la Madre de Jesús. Ella en su condición virginal, es la nueva Eva, la verdadera Hija de Sión, la discípula perfecta, el icono consumado de la Iglesia. Por eso, realiza en sí el ideal de la adhesión perfecta al proyecto de Dios sin compromisos y sin la contaminación de la mentira y la soberbia: del cumplimiento fiel de la alianza, cuya infracción por parte de Israel los profetas comparan con el adulterio: la aceptación sincera del mensaje evangélico, en el que se llama bienaventurados a los puros de corazón (cf. Mt 5, 8) y se exalta la virginidad por el reino (cf. Mt 19, 12); de la recta comprensión del misterio de Cristo —la *Veritas* por excelencia (cf. Jn 14, 6)— y de su doctrina, por la que la Iglesia es llamada virgen también porque guarda íntegro e incorrupto el depósito de la fe.

La Iglesia siempre ha enseñado que nada vale la *virginitas carnis* si en el corazón anidan la mentira y la soberbia,

si en él se halla ausente el amor.

11. Para que la exposición de la doctrina sea correcta es preciso que se eviten *posiciones unilaterales*, exageraciones y deformaciones. Por ejemplo, la afirmación de la virginidad de María debe hacerse de modo que no quede disminuido en nada, directa o indirectamente, el valor y la dignidad del matrimonio, querido y bendecido por Dios, sacramento que configura al cristiano a Cristo, camino de perfección y santidad. Es preciso que se tenga suficientemente en cuenta el carácter singular e irrepetible de la virginidad de María. Hay que evitar la pretensión de transferir la unicidad de la situación que refleja a otras condiciones de vida. La virginidad de María no se ha de proponer exclusivamente en función de algunas legítimas opciones de vida eclesial, olvidando que atañe ante todo al *mysterium Christi* y al *mysterium Ecclesiae*. Ni se ha de subestimar el mensaje que de ella deriva, relegándolo a un aspecto marginal del cristianismo.

De modo atento a la cultura contemporánea

12. Es necesario, finalmente, que el teólogo, al exponer la doctrina sobre la virginidad de María, *tenga presentes las tendencias y las orientaciones de la cultura contemporánea*.

Ciertamente, el clima cultural de nuestro tiempo no siempre es sensible a los valores de la virginidad cristiana. No sería difícil enumerar las causas. Pero eso no ha de desalentar al teólogo en su tarea. En el tiempo de Pablo la cultura dominante no estaba preparada para aceptar el misterio de la cruz, pero él, por fidelidad a Cristo, hizo de ese misterio el fulcro de su mensaje (cf. 1 Co 2, 2; Ga 3, 1; 6, 14).

El teólogo debe estar animado por

la serena confianza en que los valores auténticamente evangélicos siguen siendo válidos para el hombre y la mujer contemporáneos, incluso cuando los ignoran o descuidan.

La virginidad es *don y gracia*. Es un bien de la Iglesia, del que participan también —y son, sin duda, la mayoría— los que no han sido llamados a vivirla en su propia carne, pero sí en su corazón.

Toca al teólogo indicar las razones que pueden ayudar al hombre y a la mujer de nuestro tiempo a redescubrir los valores de la virginidad; debe encontrar el lenguaje más adecuado para transmitir los valores evangélicos que encierra, mostrar cómo en muchos casos la virginidad es signo de libertad interior, de respeto al otro, de atención a los valores del Espíritu, de capacidad de lanzar la mirada más allá de los confines del mundo temporal (cf. Mt 22, 30) y de vivir radicalmente al servicio del reino.

Y me pregunto: el sello virginal que marca la creación del hombre (cf. Gn 2, 4-7. 22-23) y su nueva creación en Cristo ¿no tiene ninguna inspiración que ofrecer a los *movimientos ecológicos* de nuestro tiempo, que deploran tantas formas de violencia infligidas a la creación, la degradación de la naturaleza y la contaminación del ambiente?

Sobre todo el teólogo debe mostrar a nuestros contemporáneos que el ideal de hombre nuevo, perfecto, se ha realizado en Cristo Jesús: él es el *Hombre* (cf. Jn 19, 5). En él el proyecto antropológico de Dios ha alcanzado la perfección absoluta. Ahora bien, en la raíz de Cristo —su concepción en el seno de María— y en su nacimiento a la vida definitiva —del sepulcro inviolado— existe un "elemento virginal" de gran alcance en relación a su ser, a su carácter ejemplar

para todos los discípulos.

13. Desde luego, los obispos que participaron en el concilio de Capua del año 392 no fueron superficiales. Comprendieron que la cuestión de la virginidad perpetua de María no era algo secundario, que no se detenía en la humilde persona de la Esclava del Señor, sino que tocaba aspectos fundamentales de la fe: el mis-

terio mismo de Cristo, su obra salvífica y su servicio al reino.

Su testimonio resulta ejemplar para nosotros. Con el deseo de que cuantos se ponen hoy a reflexionar en el misterio de Dios sepan sacar luz de su experiencia de fe, os imparto a todos vosotros, que habéis tomado parte en este congreso internacional, mi bendición.

A LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONGREGACION PARA LA EVANGELIZACION DE LOS PUEBLOS

EL CATEQUISTA DEBE VIVIR LA DIMENSION MISIONERA PROPIA DE SU IDENTIDAD DE EVANGELIZADOR

La Congregación para la evangelización de los pueblos celebra su asamblea plenaria, en Roma, del 27 al 30 de abril en el auditorium "Juan Pablo II" de la Pontificia Universidad Urbaniana. Tuvo por tema: "Guía para los catequistas en los territorios de misión". Participaron en ella 23 cardenales, 15 arzobispos y obispos, 4 directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias y 4 superiores generales: tomaron parte, además, los prelados y oficiales de la Congregación de Propaganda Fide, y representantes de las Obras Misionales Pontificias.

El cardenal Josef Tomko, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, informó a los participantes en la asamblea plenaria, celebrada en Roma del 27 al 30 de abril, sobre la situación de este organismo y presentó sus estructuras y competencias, así como los criterios por los que se ha regido en la actividad desarrollada durante estos últimos años. Hablando de los agentes de las Obras Misionales Pontificias, dijo que la obra misionera de este dicasterio comprende actualmente: 950 diócesis, es decir, el 38 o/o de todas las circunscripciones del mundo, 1.140 obispos, 50.000 sacerdotes, 14.000 religiosos no sacerdotes, cerca de 140.000 religiosas, alrededor de 350.000 seminaristas, 185 seminarios mayores con 1.262 seminaristas, y 467 seminarios menores con más de 47.688 estudiantes. A esto hay que añadir la tarea de regular y coordinar la "cooperación misionera", que comprende innumerables actividades eclesiales o de

culto, educativas —a través de 47.716 escuelas—, sanitarias —en 1.587 hospitales, 6.311 dispensarios, 765 leproserías— y a través de 9.262 obras caritativas y sociales. Entre las prioridades que este dicasterio se ha marcado está la formación del clero local (seminaristas y sacerdotes diocesanos) de los miembros de institutos misioneros, de los misioneros "Fidei donum" y del laicado misionero, sobre todo de los catequistas. Se refirió, luego, a Asia, que cuenta con más de tres mil millones de habitantes y cerca de ocho millones de católicos, y que el Papa Juan Pablo II señala como "continente hacia el cual debería orientarse principalmente la misión ad gentes"; a África, el continente donde la evangelización camina con buen ritmo y con relativa libertad, salvo en algunos países musulmanes; y a América Latina, con cerca de cuatrocientos millones de católicos, que, aun teniendo necesidad de ayuda misionera, debería dar el 42 o/o de toda el personal misionero; finalmente, a Oceanía, en donde la evangelización progresa de manera satisfactoria, a pesar de algunas dificultades. Por último, el cardenal prefecto de este dicasterio destacó los excelentes progresos logrados en Papua Nueva Guinea.

El Santo Padre les dirigió el siguiente discurso.

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas:

1. Con verdadera alegría os dirijo a todos mi saludo amable y cordial, a la vez que os agradezco el haber venido, incluso desde muy lejos, para confirmar vuestra comunión y fidelidad a la Sede Apostólica. Agradezco en particular al cardenal Josef Tomko, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, las palabras que acaba de pronunciar y las informaciones precisas que me ha dado sobre la actividad de vuestro dicasterio.

En el curso de esta decimocuarta asamblea plenaria habéis afrontado, tras una amplia consulta y una larga preparación, la elaboración de una "Guía para los catequistas en los territorios de misión". Me complace esa iniciativa, que se relaciona con un tema de gran actualidad, por el que la Iglesia muestra un interés constante.

Durante mis viajes apostólicos he podido constatar personalmente que

los catequistas ofrecen, sobre todo en los territorios de misión, "una ayuda singular y enteramente necesaria para la propagación de la fe y de la Iglesia" (*Ad gentes*, 17). En la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* afirmé que "el título de "catequista" se aplica por excelencia a los catequistas de tierras de misión", reconociendo que "sin ellos no se habrían edificado Iglesias hoy día florecientes" (n. 66; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 11 de noviembre de 1979, pág. 13). Y en la reciente encíclica *Redemptoris missio* puse de manifiesto la obra de los catequistas en el ámbito de los "agentes de la pastoral misionera". El pasado mes de febrero, en Conakry, Guinea, declaré públicamente que merecen un "lugar de honor" en el pueblo de Dios sobre todo esos catequistas que, habiendo tomado en serio su condición de bautizados, han apoyado a sus hermanos y hermanas privados a veces de las visitas regulares de los pastores durante largos años de dura prueba.

Por eso, como contribución a vuestro trabajo de estos días, quisiera recalcar algunos aspectos importantes —tanto hoy como en orden al futuro— de la misión propia del catequista en los territorios de misión.

Un servicio necesario

2. Se trata, ante todo, de un *servicio rico y variado*. El catequista, sobre el que se centra la atención de vuestra actual asamblea plenaria, tiene seguramente "características particulares" (*Redemptoris missio*, 73) que lo diferencian de los que actuaban en las Iglesias de antigua tradición. En los territorios de misión el catequista está llamado a prestar un servicio en relación con el despliegue mismo de la acción misionera y a contribuir, así, a la edificación de la comunidad cristiana, ayudando a sus hermanos y hermanas con la instrucción religiosa, la animación de la oración comunitaria y la iniciación sacramental. Lleva a los catecúmenos al conocimiento del mensaje evangélico y al bautismo, introduciéndolos gradualmente en la vida de la comunidad cristiana; anuncia con valentía la verdad y la novedad del Evangelio; y colabora, en las diversas formas de apostolado, con los ministros ordenados, en una relación de obediencia cordial y estrecha. Es importante —como aclaré en la exhortación apostólica *Christifideles laici*— que el catequista viva su dimensión de laico y, como tal aporte su inestimable colaboración a la misión (cf. nn. 23 y 35). El catequista vive diariamente junto con los fieles en aldeas o ciudades y, dado que conoce desde dentro las situaciones reales de la vida, puede convertirse en un testigo eficaz de la fe. Además, como laico está llamado a actuar activamente, en nombre de la Iglesia, para la defensa de la dignidad humana, el respe-

to a la vida y la promoción de la paz auténtica. Además, a los catequistas casados se les pide que testimonien con coherencia el valor cristiano del matrimonio, viviendo ese sacramento con absoluta fidelidad y educando responsablemente a sus hijos.

Calidad y cantidad

3. La acción del catequista es importante y digna de ser apoyada, porque responde de manera particular a necesidades urgentes en el campo de la pastoral y la misión.

Para efectuar ese servicio evangélico tan importante, es necesario que haya muchos "obreros". No obstante, sin descuidar su número, es preciso apuntar con todas las energías principalmente a la calidad de los catequistas. Es bien conocida la situación de varios territorios de misión, donde escasean las personas con suficiente preparación. Esto crea problemas concretos, pero no debe impedir que se les siga proporcionando una formación apropiada. A tal fin, hay que darles siempre criterios claros en la selección de los candidatos. Es menester establecer un serio itinerario educativo, que incluya no sólo el acompañamiento por parte de los pastores, sino también su formación permanente.

Por consiguiente, privilegiar la calidad significa privilegiar una adecuada formación de base y una puesta al día constante. Este es un compromiso fundamental, que tiende a asegurar a la misión de la Iglesia personal cualificado, programas completos y estructuras adecuadas, abrazando todas las dimensiones de la formación: humana, espiritual, doctrinal, apostólica y profesional.

Renuevo aquí el aliento y el apoyo que en la citada exhortación apostólica *Catechesi tradendae* manifesté a vuestro dicasterio por el trabajo que

realizáis en ese sector vital para el anuncio del Evangelio, cuando afirmaba: "Me alegro por los esfuerzos realizados por la Sagrada Congregación para la evangelización de los pueblos con miras a perfeccionar cada vez más la formación de esos catequistas" (n. 66). Hoy quisiera agregar simplemente que confío en que sigáis por ese camino de una mayor "preparación doctrinal y pedagógica" y una "constante renovación espiritual y apostólica" (*Redemptoris missio*, 73).

Formación espiritual

4. Todos somos conscientes de la gran importancia que reviste la *formación espiritual* del catequista. En efecto, teniendo en cuenta su peculiar identidad apostólica y la realidad socio-ecclesial en la que está llamado a actuar, ha de recibir sobre todo una formación espiritual. No hay duda de que la tarea de educar en la fe a los hermanos requiere que él mismo viva una intensa espiritualidad.

Como la existencia espiritual de todo apóstol, la del catequista se centra en la comunión profunda con la persona de Jesús. Es Cristo quien lo llama; es Cristo quien lo envía. A imitación del divino Maestro, el catequista educa y sirve a sus hermanos con la enseñanza y las obras, que tiene que presentar siempre como gestos convincentes de fe y amor. La *santidad en su condición de apóstol laico* es el compromiso prioritario al que debe tender constantemente, de forma que ilumine todo su servicio a la Iglesia y a la comunidad. El catequista contribuye a la obra de evangelización sobre todo con su buen ejemplo y su gozoso testimonio cristiano. Decía en la *Redemptoris missio*: "No basta renovar los métodos pastorales...; es necesario suscitar un nuevo "anhelo de santidad" entre los misio-

neros y en toda la comunidad particularmente entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros" (n. 90). Por su parte, el "Directorio catequístico general" recuerda que el modo más adecuado para alcanzar ese alto grado de madurez espiritual consiste en vivir una intensa vida sacramental y de oración (cf. 114).

Esa madurez espiritual que todos anhelamos está estrechamente relacionada con la madurez apostólica. Precisamente porque vive en contacto con seguidores de otras religiones, el catequista debe estar abierto a la dimensión misionera, ínsita en su misma identidad de evangelizador. Ojalá que siempre tenga presente las palabras del buen pastor: "También tengo otras ovejas, que no son de este redil. También a éstas las tengo que conducir" (Jn 10, 16). Para realizar ese objetivo, es imprescindible alentar al catequista a que haga suyo el mandato universal que el Señor Jesús confió a sus Apóstoles: "Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación" (Mc 16, 15).

Que no falte jamás en los catequistas de las Iglesias jóvenes un fuerte espíritu misionero; es más, que se conviertan ellos mismos en animadores misioneros de sus comunidades eclesiales y estén dispuestos, si el Espíritu los llama interiormente y los pastores los envían, a ir fuera del propio territorio para anunciar el Evangelio, preparar a los catecúmenos para el bautismo y contribuir a construir nuevas comunidades eclesiales.

Gratitud del Papa

5. Venerados hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas, además de estas consideraciones generales, hay muchos aspectos importantes y prácticos de la mi-